



2ª edición

Aristóteles

ÉTICA

Versión resumida y comentada por
José Ramón Ayllón

PALABRA

ARISTÓTELES

Ética

Versión resumida y comentada
por José Ramón Ayllón

PALABRA HOY

Palabra Hoy

Director de la colección: Ricardo Regidor

© de esta selección y versión: José R. Ayllón, 2011

© Ediciones Palabra, S.A. 2014

Paseo de la Castellana, 210 - 28046 MADRID (España)

Tel.: (34) 91 350 77 20 - (34) 91 350 77 39

www.palabra.es

epalsa@palabra.es

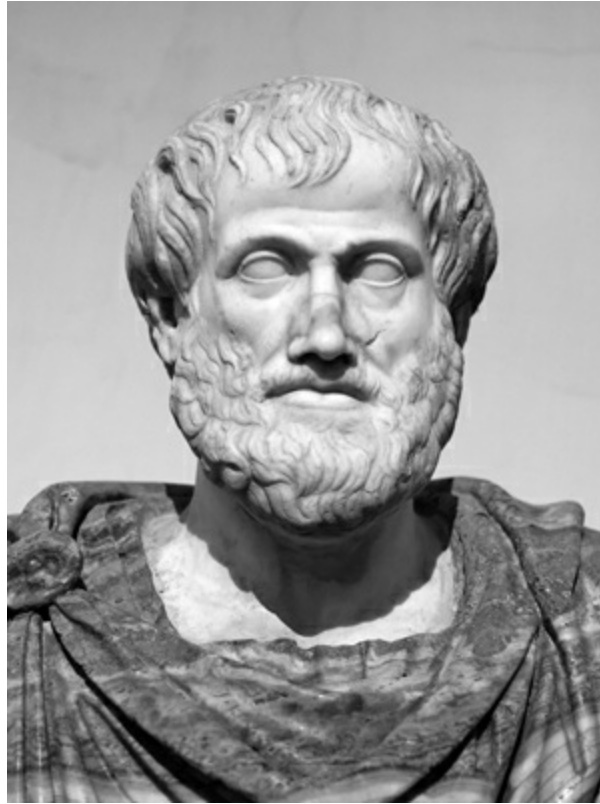
Diseño de cubierta: Raúl Ostos

Diseño de ePub: Erick Castillo Avila

ISBN: 978-84-9061-081-7

Todos los derechos reservados.

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares de Copyright.



*A Emilio Ferrer,
a Consu, Celia y Marta.*

¿Quién es Aristóteles?

Si la Europa del siglo XXI sufre la erosión de referencias fundamentales, Aristóteles vivió una situación parecida, en el siglo IV antes de Cristo, en una Atenas desmoralizada por la derrota en la Guerra del Peloponeso, donde los sofistas predicaban la ley del más fuerte y el todo vale. Frente a ese ambiente enrarecido, el filósofo ofreció a la juventud ateniense la lucidez de sus lecciones de ética.

Aristóteles es el último gran filósofo griego y el primer científico europeo. Nació en Estagira (Macedonia) el 384 antes de Cristo. Con 17 años ingresó en la Academia platónica y permaneció en ella veinte más, hasta la muerte de **Platón**. **Filipo** de Macedonia le encargó poco más tarde la educación del joven príncipe **Alejandro**. En el 335 regresa a Atenas y funda el Liceo, un centro de enseñanza superior, semejante a la Academia, donde se habla y se diserta paseando: de ahí *peripatéticos*. A la muerte de Alejandro, el año 323, se suscita en Atenas un movimiento antimacedónico. Aristóteles decide huir. Se cuenta que entonces comentó, aludiendo a **Sócrates**: «No quiero que Atenas cometa su segundo pecado filosófico». Murió en Eubea un año más tarde.

Herederero intelectual de Platón, Aristóteles representa la plenitud de la filosofía griega. Él ha determinado, en mayor medida que ningún otro pensador, los caminos que después habría de recorrer la filosofía. Escribió sobre física y metafísica, sobre ética y estética, sobre política y biología, sobre lógica, retórica y teoría literaria. La profundidad de su obra hace que hoy siga siendo referencia obligada en las múltiples cuestiones que abordó.

Aunque vivió cuatro siglos antes de Cristo, su radiografía de la conducta humana ganaría hoy el más prestigioso de los premios de ensayo. Pero el caso es que ni siquiera se publicó en vida del filósofo. Tres siglos después de su muerte, sus lecciones de ética vieron la luz como «Ética a Nicómaco», gracias a **Andrónico de Rodas**. Y lo que fue publicado fueron los cuadernos que Aristóteles escribió para sus alumnos, sin pensar en su publicidad fuera del Liceo. Eso explica la concisión del texto, pensado para ser completado con explicaciones orales, su frecuente descuido expresivo, sus repeticiones y ciertas incoherencias. Respecto a la justificación de la esclavitud y de la desigualdad entre hombres y mujeres, se trata del tributo que el filósofo paga por ser hijo de su época, igual que todos los grandes pensadores griegos.

A pesar de esos defectos de fondo y forma, Aristóteles dibuja una antropología poderosa, al tiempo que nos regala un exquisito tratado sobre la verdadera educación, esa tarea que solo se logra –muy lejos de las actuales modas informáticas– cuando se

conoce en profundidad al ser humano y se cultivan sus mejores posibilidades. No es casualidad que Filipo de Macedonia le eligiera como preceptor de su hijo Alejandro, ni que el joven príncipe se convirtiera, años más tarde, en Alejandro Magno. Magnífica es también la obra que ahora comentamos, entre cuyos frutos brotó la misma Europa.

1. La felicidad

1. Los hombres son arqueros que buscan el blanco de sus vidas.

Esta proyección de las acciones humanas la explica **Julián Marías**, en su ensayo *La felicidad humana*, con estas palabras: «el hombre es una realidad utópica (...), proyectiva, futuriza, deseante, nunca lograda, nunca concluida. A eso precisamente corresponde la felicidad como imposible necesario. Nuestra vida consiste en el esfuerzo por lograr parcelas, islas de felicidad, anticipaciones de la felicidad plena. Y ese intento de buscar la felicidad se nutre de ilusión, la cual, a su vez, es ya una forma de felicidad».

2. En realidad vivir como hombre significa elegir un blanco –honor, gloria, riqueza, cultura– y apuntar hacia él con toda la conducta, pues no ordenar la vida a un fin es señal de gran necesidad.

Todavía en casa de sus padres, **Ana Frank** escribe en su Diario: «Soy una muchacha que tiene su ideal o, mejor dicho, tengo ideales, ideas, propósitos y proyectos, aunque todavía no logre expresarlos». Un año más tarde, agobiada en su escondrijo, reconoce que «a diario siento un deseo sin límites por todo lo que es belleza y bondad».

En 2010, tras conquistar el Open USA, **Rafael Nadal** se convirtió en el tenista más joven de la historia en posesión de los cuatro *Grand Slam*. Su tío y entrenador Toni Nadal decía en una entrevista: «A Rafael, de niño, le marqué un objetivo a largo plazo: ser un gran profesional. Porque en la vida hay que tener ilusión para avanzar».

3. Toda acción humana busca siempre algún bien: el médico busca el bien de la salud, el soldado busca la victoria, el marino la buena navegación, el comerciante la riqueza...

Y siempre, previo a cualquier otro fin, el deseo de sustentarse y vivir dignamente. La autobiografía de **Frank Capra** se abre con esta impresionante declaración de intenciones: «Odiaba ser pobre. Odiaba ser un campesino.

Odiaba ser un chico vendedor de periódicos, atrapado en el mezquino gueto siciliano de Los Ángeles. Mi familia no sabía leer ni escribir. Yo quería salir de todo aquello. Rápido. Y busqué una forma, algo a lo que agarrarme, una pértiga que me catapultara del oscuro ambiente de los que no son nada al atractivo mundo de los que son alguien».

4. Casi todo el mundo llama felicidad al máximo bien que se puede conseguir, pero nadie sabe exactamente en qué consiste ese máximo bien.

5. Unos creen que la felicidad es el placer, o la riqueza, o los honores. Otros piensan que es otra cosa. A menudo, la misma persona cambia de opinión y, cuando está enferma, piensa que la felicidad es la salud; si es pobre, la riqueza; si es inculta, la cultura.

De hecho, entre las personas que han gozado de placeres, riquezas y honores, las hay felices e infelices. Me llaman poderosamente la atención dos testimonios muy especiales. **Abderramán III**, después de cincuenta años de poder y esplendor, anota en su diario: «los días de auténtica y pura felicidad que he disfrutado: suman catorce». Y **Napoleón**, jovencísimo dueño y señor de media Europa, asegura que la gloria y la grandeza le resultan insípidas, y nos regala esta perla: «A mis veintiocho años he agotado todo».

El sentimiento de felicidad es la más ineludible y escurridiza de las aspiraciones humanas. **Georges Perec** nos muestra, en su novela *Las cosas*, la incurable insatisfacción de una joven pareja que sueña con ser feliz en un apartamento soñado. La sala de estar tendría una librería de madera de cerezo. En invierno, corridas las cortinas, con varios puntos de luz y grandes zonas en penumbra brillarían todas las cosas: la madera barnizada, la seda densa y rica, el cristal tallado, el cuero negro... Sería un puerto de paz, una isla de felicidad. A Jèrôme y Sylvie les habría gustado ser ricos. Habrían sabido vestir, mirar, sonreír como la gente rica. Habrían podido andar, vagar, elegir, apreciar. Su vida habría sido un arte de vivir. De hecho, vivían rodeados por las ofertas falaces y cálidas de un París que era una perpetua tentación, y deseaban sucumbir a esa tentación cuanto antes y para siempre. Pero el horizonte de sus deseos estaba tenazmente cerrado y sus grandes sueños pertenecían al mundo de la utopía. Porque vivían en un piso diminuto. La falta de espacio resultaba agobiante ciertos días. Apenas podían moverse y respirar. Aunque se anexionaran en sueños los pisos contiguos, siempre acabarían encontrándose con lo suyo, lo único realmente suyo: treinta y cinco metros cuadrados.

Jèrôme tenía veinticuatro años. Sylvie tenía veintidós. Les habría gustado, como a todo el mundo, entregarse a una pasión que los hubiera empujado y colmado. Por desgracia, solo conocían una: la de vivir mejor, y los agotaba. El enemigo era invisible y estaba dentro de ellos, los había podrido, gangrenado, destrozado. Perec nos dice que, en el fondo, Jèrôme y Sylvie eran dóciles productos de un mundo que se mofaba de ellos, donde era obligado desear siempre más de lo que se podía adquirir. Por eso estaban hundidos hasta el cuello en una tarta de la que solo obtenían migajas.

6. Las tres opiniones más cualificadas son las que hacen consistir la felicidad en la prudencia, la virtud y el placer. También se admite que pueda ser consecuencia de las tres cosas, o de dos de ellas.

Aristóteles –como estamos viendo– inicia su reflexión sobre la ética abordando la aspiración universal a la felicidad. En realidad, todos los sistemas éticos quieren conducirnos de la mano hacia ella, y todos se dan de bruces con esa desconcertante indefinición que la chiquilla holandesa expresa de forma insuperable. Si Aristóteles ya subrayaba su carácter escurridizo e improbable, nosotros seguimos experimentando su atracción inevitable, que convierte nuestras vidas en búsqueda constante de un paraíso inexistente en el mapa. La felicidad, de hecho, es la gran asignatura pendiente en el plan de estudios de la vida misma, la gran laguna de todo currículum. Julián Marías ha explicado admirablemente que las cosas que perseguimos nos interesan en la medida en que van a traernos la felicidad, o la van a hacer más probable, o la van a restablecer si se ha perdido. Y su contradictoria condición de *imposible necesario* muestra el peso real e inmenso que tiene en nuestras vidas.

El querer ser feliz no es objeto de libre decisión: constituye una exigencia que no puede quitarse de la circulación. De hecho, la felicidad puede definirse como el conjunto de todas aquellas cosas que la voluntad es incapaz de no querer. **Josef Pieper** explica que, en el acto mismo de nuestra constitución como personas, sin que nadie nos preguntase, fuimos disparados como una flecha hacia un determinado blanco, y como consecuencia de ese inicial impulso hay en nuestra trayectoria una inercia sobre la cual no tenemos poder alguno. Buscamos la felicidad con todo lo que somos y tenemos. Y ella, tan ingrata, juega con nosotros, se esconde, llega sin previo aviso y se va cuando quiere.

7. Lo que está claro es que la felicidad no está en la pura diversión, y que solo hay felicidad donde hay virtud y esfuerzo serio, pues la vida no es un juego.

Reitera Aristóteles que el principal ingrediente de la felicidad es la virtud. Y por virtud entiende, como todos los griegos, la excelencia en la conducta. Una excelencia que se logra repitiendo actos buenos hasta que esa insistencia cristaliza en una conducta habitual, estable. Toda virtud es, por tanto, un hábito bueno, una especie de segunda naturaleza que con esfuerzo se superpone a la naturaleza biológica que heredamos al nacer.

Toni Nadal reconocía, en la entrevista mencionada, que para conseguir buenos resultados «la disciplina es básica. Lo que marca la diferencia es el trabajo duro».

8. Nuestra naturaleza también necesita salud, alimento y otros cuidados, pero el que quiera ser feliz no necesitará esos bienes exteriores en gran número y calidad, pues con recursos moderados se puede practicar la virtud.

9. Solón describía al hombre feliz provisto de recursos suficientes, viviendo con moderación y realizando las acciones más nobles. También Anaxágoras pensaba que el hombre feliz no necesitaba ser rico y poderoso.

Además de virtud, Aristóteles repite que la felicidad necesita otros dos ingredientes: el esfuerzo y la moderación. Ese binomio, heredado de **Sócrates**, pasará al estoicismo y será el resumen de su ética, traducido como *sustine et abstine*: soporta y abstente, aguanta y renuncia. Por ese camino quieren llegar **Séneca, Marco Aurelio** y los estoicos a la liberación de las pasiones, hasta encontrar la felicidad en esa ausencia de ataduras. Para evitar desengaños, cultivan la indiferencia hacia los bienes que la fortuna puede dar o quitar. Quieren ser autosuficientes, bastarse a sí mismos. Se diría que pretenden ser felices con independencia de la misma felicidad, sustituyendo la felicidad por el sosiego. Aristóteles, más realista y lejos de cualquier extremismo, no olvida las necesidades materiales.

10. Personalmente estoy de acuerdo con quienes piensan que la felicidad consiste en la virtud, sin olvidar que necesitamos bienes materiales, pues es muy difícil hacer algo cuando se carece de recursos. Y entre esos recursos, los amigos y las riquezas.

En el testamento de Beethoven leemos este consejo a su hermano Karl: «Recomendad a vuestros hijos la práctica de la virtud; ella sola, y no el dinero, logra la felicidad. Hablo por experiencia».

11. Como disponer de recursos no depende totalmente de nosotros, está claro que la felicidad requiere cierta buena suerte. En este sentido, si algo es un don divino, más debe serlo la felicidad, puesto que es la mejor de las cosas humanas.

Cuando la felicidad se digna visitarnos, su visita fugaz y caprichosa nos suele pillar por sorpresa, y la experimentamos como un regalo inmerecido. Así lo expresa Pedro Salinas:

Y súbita, de pronto
porque sí, la alegría.
Sola, porque ella quiso,
vino. Tan vertical,
tan gracia inesperada,
tan dádiva caída,
que no puedo creer
que sea para mí.

El 7 de marzo de 1944 escribía **Ana Frank**: «Por la noche, al acostarme, al acabar mi plegaria con las palabras “Gracias, Dios mío, por todo lo Bueno, Amable y Bello”, mi corazón se alegra. Lo Amable es Peter, el despertar de una ternura que sentimos sin atrevernos a darle un nombre ni a rozarla siquiera, pero que un día va a revelarse en todo su significado: el amor, el porvenir, la felicidad. Lo Bello es el mundo, la naturaleza y la gran belleza de todas las cosas hermosas juntas».

12. En cualquier caso, no debemos dejar que la felicidad dependa de la buena o mala suerte, porque entonces no tendría fundamento sólido, y el hombre sería como un camaleón. La felicidad debe asentarse en una vida guiada por la virtud, capaz de crecerse en la adversidad, del mismo modo que el buen general es capaz de lograr la victoria en circunstancias muy adversas.

La Atenas de Aristóteles era –desde que perdió la Guerra del Peloponeso– una ciudad a la deriva, donde no se respetaban los usos y las costumbres de los

antepasados; una sociedad rota, que hacía imposible el equilibrio y la felicidad de sus ciudadanos. Para salir de esa situación no quedaba más remedio que saber lo que es justo, lo que es bueno, lo que hay que hacer. Y eso es precisamente la virtud.

2. La virtud y los hábitos

13. La virtud es el mayor de los bienes humanos.

¿Por qué? Porque forja personalidades equilibradas que hacen posible la vida en sociedad, la viabilidad de la *polis* y de la *república*. En Grecia y Roma, la virtud será, sobre todo, una virtud cívica. Con el cristianismo, será primeramente religiosa, orientada hacia Dios. Desde la Ilustración, la virtud se buscará, de forma individualista, por su efecto beneficioso en el sujeto.

14. Se puede ser bueno por naturaleza, por hábito y por educación. Pero los buenos por naturaleza se lo deben a los dioses, no a sí mismos.

15. El hombre íntegro se complace en las acciones virtuosas y siente desagrado por las viciosas, lo mismo que a un músico le deleitan las buenas melodías y le molestan las malas.

16. Lo importante no es saber qué es la virtud, sino cómo se conquista. Pues no nos conformamos con saber lo que son el valor y la justicia, sino que queremos ser valientes y justos. De la misma manera, queremos estar sanos más que saber en qué consiste la salud.

La palabra *virtud* está hoy devaluada, tal vez porque huele a catecismo. Pero nació en la Roma de los emperadores y las legiones. Y significaba fortaleza, el esfuerzo propio del *vir*, del varón: la virilidad. Fueron los romanos, pueblo de conquista, quienes llamaron *virtus* a la conducta propia del ser humano, que debe ser esforzada, no perezosa y abandonada. A su vez, *virtus* es la versión latina de la *areté* griega. Aunque el griego, mucho más sutil, no busca la dureza de carácter sino la calidad total. Como ya hemos dicho, el griego entiende por virtud la excelencia.

Su definición más acreditada la encontramos en Aristóteles: virtud es un hábito de elegir y realizar prudentemente lo mejor. Se trata de una conquista no automática sino libre, y siempre guiada por la razón.

17. La virtud se conquista gracias a los hábitos. Y los hábitos no son innatos sino que se adquieren por repetición de actos, cosa que no vemos en los seres irracionales, pues si lanzas hacia arriba una piedra diez mil veces, jamás subirá si no es obligada por la fuerza.

Todo niño es un ser hermosamente torpe. Le cuesta mucho echar a andar, aprender a vestirse, atarse los zapatos y coger al vuelo una pelota. Pero sus imprecisos ensayos y tanteos quedan grabados en su memoria muscular, y cada nuevo movimiento es corregido y afinado desde la última posición ganada. Diez años más tarde, esa patosa criatura puede dominar varios idiomas y ganar –si es niña– una medalla olímpica en gimnasia deportiva. Su juvenil destreza –nos dice **José Antonio Marina**– es el resultado de repeticiones que ha olvidado, pero que conservan la oculta permanencia de los sumandos que borro de la pizarra tras hacer la suma, y que están implícitos en el total. Así pues, en los hábitos reside el secreto de la excelencia.

18. No por oír o ver muchas veces adquirimos los sentidos, sino al revés: los usamos porque los tenemos, no los tenemos por haberlos usado. En cambio, adquirimos las virtudes como resultado de actividades anteriores.

19. Toda virtud es un hábito, una costumbre que se adquiere mediante la reiteración de actos semejantes. Es lo que sucede con cualquier aprendizaje: para dominar un instrumento musical hay que practicar, y para ser constructor hay que construir.

Gracias a los hábitos, la tarea del hombre no es la de Sísifo. Ascendemos, paramos y podemos reanudar la ascensión desde la última cota conquistada. El hábito conserva la posición ganada con el sudor de los actos precedentes. Por eso, cuando la repetición cristaliza en hábito, la ética se convierte en una gratificante tarea de mantenimiento. Sin ellos, la vida sería imposible: gastaríamos nuestros días intentando hablar, leer, andar..., y moriríamos por agotamiento y aburrimiento. Los experimentamos como una conquista fantástica. Para valorar nuestra capacidad de hablar castellano bastaría considerar el esfuerzo que nos supondría aprender ruso ahora, y dominarlo con la misma fluidez.

20. Del mismo modo, nos hacemos justos practicando la justicia. Y, si nos ejercitamos en la fortaleza y la templanza, seremos templados y fuertes. Prueba de ello es lo que ocurre en la sociedad: los legisladores hacen buenos a los ciudadanos haciéndoles adquirir costumbres, y si no obran así se equivocan, y en eso se distingue un

régimen de gobierno bueno, de otro malo.

Los sistemas éticos clásicos difieren por poner el sumo bien en el placer, la virtud, la contemplación o Dios. Pero todos ellos convienen en ser sistemas de las virtudes. El libro de moral más importante de la antigüedad, la *Ética a Nicómaco*, y el libro de moral más importante de la Edad Media, la segunda parte de la *Summa Theologiae*, constituyen sistemas de virtudes. Y todas las virtudes se pueden reducir a cuatro, que proceden directamente de **Platón** y los estoicos. Ellas realizan perfectamente los cuatro modos generales del obrar humano: la determinación práctica del bien (prudencia), su realización en sociedad (justicia), la firmeza para defenderlo o conquistarlo (fortaleza) y la moderación para no confundirlo con el placer (templanza).

21. Adquirir, desde jóvenes, tales o cuales hábitos, no tiene poca importancia, ni siquiera mucha: tiene una importancia absoluta.

Aristóteles no exagera, pues los hábitos son conductas que cristalizan para toda la vida, y esa cristalización comienza en la infancia. Por tanto, es en la infancia y en la juventud cuando se debe adquirir la costumbre de decir la verdad, de respetar las promesas, de ayudar a los demás, de rechazar la injusticia y cualquier otra torpeza, de controlar la tendencia al placer y la aversión al sacrificio, de responder por los propios actos. **Toni Nadal** ha reconocido que «el trabajo más importante con Rafael se hizo de los 8 a los 17 años. Luego ya fue dejarse llevar».

La experiencia enseña que, si los hábitos perfectivos no arraigan pronto, la personalidad del niño queda a merced de sus deseos. Cuando **Lázaro de Tormes** se aficiona al vino, el ciego a quien servía sospechó y vigiló el jarro en las comidas. Pero el deseo ya había ganado la batalla a la voluntad del chiquillo: «Yo, como estaba hecho al vino, moría por él».

22. Si la conducta no necesitase de la educación y la costumbre, no habría ninguna necesidad de maestros, pues todos seríamos buenos o malos de nacimiento.

23. Pero lo cierto es que la repetición de los mismos actos es imprescindible para alcanzar la virtud, pues es nuestra actuación habitual en los negocios lo que nos hace justos o injustos, y nuestra actitud ante el peligro lo que nos hace valientes o cobardes.

Este sencillo párrafo de Aristóteles recorre la cultura occidental hasta hoy. Cito a **Sartre**: «Si dijéramos, como dice **Zola**, que los flojos, débiles, cobardes o malos son así por herencia, por influjo del medio o de la sociedad, por un determinismo orgánico o psicológico, la gente se sentiría segura y diría: bueno, somos así, y nadie puede hacer nada por cambiar. Pero esto no es cierto, porque el cobarde es responsable de su cobardía. No lo es porque tenga un corazón, un pulmón o un cerebro cobarde; no lo es por su fisiología, sino porque se ha construido como hombre cobarde por sus actos (...), pues lo que engendra cobardía es el acto de renunciar o de ceder».

24. Lo mismo ocurre con los placeres y la forma de ser: unos se vuelven moderados y apacibles, y otros desenfrenados e iracundos, según se hayan comportado de forma habitual.

Al igual que una golondrina no hace verano, un acto aislado no constituye un carácter. Por el contrario, el que siembra actos recoge hábitos, y el que siembra hábitos cosecha su propio carácter. Es la conclusión de Aristóteles y de todos los que tienen que vérselas con la droga, el sida, los suicidios, asesinatos, abortos y embarazos no deseados. Lo expresó en USA, **William Bennett**, cuando era Secretario de Educación, Presidente del Partido Republicano y responsable del plan nacional contra la droga: «Es un grave error no enseñar virtudes fuertes como la disciplina y el dominio de sí, la responsabilidad, la constancia y el trabajo».

25. Para ser bueno no basta querer. Tampoco basta saber. Si no se realizan muchos actos buenos, nadie tiene la menor probabilidad de llegar a ser bueno.

La fuerza de voluntad es uno de los rasgos que más sorprenden en el carácter de **Ana Frank**: «No comprendo a los que dicen “soy débil” y se resignan. Si tienen conciencia de su debilidad, que se esfuercen hasta corregir su defecto». En otra página nos cuenta su exigente plan diario de trabajo, en el refugio: «Estudio taquigrafía francesa, inglesa, alemana y holandesa; geometría, álgebra, historia, geografía, historia del arte, mitología, biología, historia bíblica y literatura holandesa. Me encanta leer biografías y libros de historia».

En el número 3 hemos citado unas palabras de la extraordinaria autobiografía de **Frank Capra**, a quien **John Ford** consideraba el mejor director de cine del mundo, «con más premios de los que puede contar». Pero

solo al leer ese libro nos enteramos de la dureza de su niñez y juventud de emigrante. Para pagar sus estudios universitarios nos cuenta que se levantaba a las tres de la madrugada, recorría 20 kilómetros en moto y trabajaba en la Pasadena Light revisando los fuegos de las calderas. A las siete y media, 5 kilómetros hasta la universidad, donde lavaba los platos del desayuno en una residencia de estudiantes. A las ocho comenzaba su primera clase. A las doce servía el almuerzo en la Residencia y comía. Por la tarde, más clases. De cinco a seis, ensayo de coro o fútbol. Después, poner las mesas en la residencia, servir la cena, lavar los platos y cenar. Regreso a casa en moto. A las siete y media, estudio y trabajos en casa. A las diez, a la cama.

26. Los que se dedican a teorizar sobre el bien se parecen al enfermo que escucha atentamente al médico y luego no hace nada de lo que le prescribe. Y así, este no curará su cuerpo con la Medicina, y aquellos no sanarán su espíritu con la Filosofía.

Saber lo que está bien es necesario para obrar bien, pero no es suficiente. Aristóteles se aleja así del intelectualismo socrático y reivindica la importancia de la voluntad. La posibilidad de conocer el bien y no vivirlo deriva, en parte, de la complejidad psicológica del acto humano, pues está claro que «dicho no significa oído; oído no significa entendido; entendido no significa estar de acuerdo; estar de acuerdo no significa llevar a cabo; y llevar a cabo no significa mantener».

3. El término medio

27. Hablando en general se puede afirmar que una conducta es mala tanto por defecto como por exceso, igual que es malo para la salud tanto la falta de ejercicio como su exceso. También arruinan la salud la comida y la bebida, si son insuficientes o excesivas.

Ya había dicho **Homero** que quien recibe a un huésped y lo ama en exceso, o en exceso lo aborrece, resulta irritante.

28. Lo mismo sucede con las virtudes. El que siempre se acobarda y nunca planta cara, se vuelve cobarde. El que no conoce el miedo y afronta cualquier peligro es un temerario. Y el que persigue todos los placeres se convierte en un desenfrenado. Así pues, las virtudes se destruyen por exceso y por defecto, y el término medio las conserva.

29. Término medio no significa mediocridad, sino lo contrario: excelencia y superioridad sobre dos vicios extremos.

No es ocioso repetir que la expresión *in medio virtus* interpreta como mediocridad lo que en Aristóteles era dificultad y excelencia.

30. Para apartarnos de los extremos debemos estar en guardia frente a lo agradable y placentero, porque no lo juzgamos con imparcialidad.

31. El término medio acierta. Pero no es el mismo para todos, sino relativo a cada persona: un deportista no debe comer lo mismo que un recién nacido. Por tanto, cada uno tiene su propio término medio. Por eso se ha dicho que «hay una manera de ser bueno, y muchas de ser malo».

32. Respecto a la ira, por ejemplo, es virtuoso el que se enfada cuando debe, con quien debe y como debe. Sin embargo, no es nada fácil determinar cómo, con quiénes, por qué motivos y por cuánto tiempo debemos enfadarnos, ni hasta dónde es razonable hacerlo.

33. No todas las acciones y pasiones admiten el término medio, pues hay algunas

malas de por sí. Por ejemplo, pasiones como el odio o la envidia, y acciones como el adulterio, el robo o el homicidio. Todas ellas son malas en sí mismas, precisamente porque son excesos o defectos, y por ello son siempre equivocadas y nunca buenas.

A la Ética le interesan las pasiones porque condicionan la conducta humana y no son neutrales: las hay buenas y malas. La literatura y el cine –expresiones condensadas de la condición humana– son el reino de los sentimientos y de las pasiones. No habría Odisea sin amor a **Penélope** ni guerra de Troya sin rapto de **Helena**. Nuestra vida no sería humana sin esos alborotos anímicos que nos invaden de vez en cuando y nos salpican siempre.

34. Entiendo por pasiones los afectos o tendencias que van acompañados de placer o dolor. Por ejemplo: la ira, el miedo, la envidia, la alegría, el amor, el odio, los deseos, los celos, la compasión...

35. Hallar el término medio no es fácil. Por eso tampoco es fácil ser bueno. Y por eso el bien es raro, laudable y hermoso.

36. De la conducta humana es difícil hablar con precisión. Más que reglas fijas, el que actúa debe considerar lo que es oportuno en cada caso, como ocurre también con el piloto de un barco.

La inteligencia práctica, el arte de elegir «lo que es oportuno en cada caso», es precisamente la prudencia, cualidad imprescindible de toda conducta, condición de cualquier otra virtud.

4. La prudencia

37. Parece propio del hombre prudente discurrir bien sobre lo que es bueno y conveniente.

La prudencia se define como el arte de obrar bien en cada situación concreta. Es, por tanto, la mejor inversión de la libertad, la mejor de las elecciones posibles. Un poema de **Anacreonte** dice que los dioses repartieron diversas cualidades entre los animales: fuerza, veneno, astucia, dientes, velocidad. Y al hombre le cayó en suerte algo muy diferente: la prudencia. Pero es un regalo que exige ser conquistado. Un obsequio difícil de poseer, porque el gobierno más difícil es el de uno mismo. Supone colocar y mantener a la razón en el vértice de una pirámide donde se amontonan las libertades, los deberes, las responsabilidades, los sentimientos, los gustos, las afinidades, las manías, las rarezas, las aficiones: una especie de circo ingobernable.

38. El prudente es hombre reflexivo. Pero nadie reflexiona sobre lo que no puede ser de otra manera, ni sobre lo que no puede hacer. Por tanto, la prudencia no es ciencia ni arte, sino una disposición racional, verdadera y práctica sobre lo que es bueno para el hombre.

La inteligencia humana, a modo de periscopio, puede elevarse sobre el presente y otear el futuro. Por eso es capaz de prever, prevenir, precaver y proveer. De toda esa actividad de previsión, visión previa que los romanos llamaron providencia, deriva la palabra *prudencia*: ver previamente y adelantarse a los acontecimientos, medir las consecuencias antes de obrar, verlas venir.

La prudencia, más que en «no hacer», consiste en «hacer bien» lo que se ha de hacer. Muchos la equiparan a cierto apocamiento, a la costumbre de no comprometerse en nada, de autoprotegerse a toda costa y evitar cualquier riesgo. Pero se trata de una caricatura, porque la prudencia busca el bien, y los bienes humanos con frecuencia son arduos, exigen compromiso y entrañan riesgos.

39. Decimos que **Pericles** y los que son como él son prudentes porque pueden ver lo que es bueno para ellos y para los demás. Y pensamos que esta cualidad es propia de los administradores y de los políticos.

Gandhi, la película dirigida por **Richard Attenboroug** en 1983, y protagonizada por un magnífico Ben Kingsley, ganó ocho Oscars. Junto a sus cualidades cinematográficas y a sus tres horas de metraje, la película es casi un curso de ética y filosofía política, donde se tratan cuestiones como la legitimidad de la desobediencia civil y de la sedición contra el gobierno colonial, así como el derecho de autodeterminación del pueblo indio, la prudencia política y los límites de la tolerancia. En su lucha denodada por la independencia de su país, **Gandhi** buscará siempre la justicia y la solución pacífica. Estos son sus argumentos: «Dado que el mal solo se mantiene por la violencia, es necesario abstenernos de toda violencia»; «Si respondemos con violencia, nuestros futuros líderes se habrán formado en una escuela de terrorismo»; «Si respondemos ojo por ojo, lo único que conseguiremos será un país lleno de ciegos».

Cuando **Marco Aurelio** traza el retrato de su antecesor, el emperador Antonino, destaca varios rasgos que lo configuran como modelo acabado de hombre prudente: las decisiones atentamente tomadas; la experiencia para discernir cuándo se debe apretar y cuándo se debe aflojar; la previsión y solución anticipada de los pequeños asuntos; la tranquilidad del que lo tiene todo calculado, como si le sobrara tiempo, sin precipitación, ordenadamente, sólidamente, armónicamente. Así han procedido todos los grandes estadistas. **Hernán Cortés**, en carta al emperador **Carlos**, se excusa por haber perdido una batalla y atribuye la derrota a castigo divino «por mis muchos pecados, no por mi negligencia». Se ve que le interesaba, por encima de todo, dejar a salvo su prudencia.

40. El placer y el dolor no influyen sobre conocimientos teóricos, del estilo «los ángulos del triángulo suman dos rectos». En cambio pueden destruir el juicio práctico. En efecto, el hombre corrompido por el placer o el dolor pierde la percepción clara del sentido de su conducta, y no ve la necesidad de elegir y obrar según otros criterios, pues el vicio anula los demás criterios. Por eso damos a la templanza el nombre de *sofrosyne*, que significa «salvaguarda de la prudencia», de la *fronesis*.

41. La verdad no necesita cambiar, pero la prudencia cambia constantemente, pues se

refiere a lo conveniente en cada caso y para cada uno.

42. Es necesario que lo conveniente esté de acuerdo con cada uno, es decir, con la persona que obra, con la que es afectada por la acción, y con la ocasión. Por ejemplo, lo que conviene a la boda de un siervo no es lo mismo que lo que conviene a la boda de un hijo. Además, lo bueno en sentido absoluto no siempre coincide con lo bueno para una persona. Por ejemplo, al cuerpo sano no le conviene que le amputen un miembro; en cambio, amputar puede salvar la vida a un enfermo.

Es bueno comer, pasear, hacer deporte... Pero un recién nacido no puede comer lo mismo que un adulto y un enfermo no debe hacer deporte. El bien, por tanto, es relativo a un lugar, un tiempo, unas personas con sus circunstancias: lo bueno para un bombero es ir vestido de bombero mientras trabaja como bombero, y un submarinista debe llevar bombonas de oxígeno bajo el agua. El bien es relativo y objetivo, pues está en relación con lo que pide la realidad. El relativismo, en cambio, es la concepción subjetivista del bien y lo hace depender de la libertad arbitraria: bien y mal es lo que a cada uno le parece.

43. La sabiduría es la ciencia superior de lo que hay en el mundo. En cambio, la prudencia tiene por objeto lo que es humano y opinable. Prudente es el que delibera bien y busca el mayor bien práctico. No delibera solo sobre lo general sino también sobre lo particular, porque la acción es siempre particular. Por eso, el que no es sabio puede ser más prudente que los sabios, sobre todo si posee mucha experiencia.

La prudencia es virtud teórica y práctica al mismo tiempo. Es conocimiento directivo que requiere estudio, mucha experiencia, petición de consejo y reflexión ponderada. El hombre prudente es reflexivo, pues, aunque el no y el sí son breves de decir, a veces se deben pensar mucho. Ya lo había dicho el emperador **Marco Aurelio**: prudencia quiere decir atención a cada cosa y ningún tipo de descuido.

44. No es fácil la prudencia. De hecho, los jóvenes pueden ser sabios, pero no prudentes, porque la prudencia es el dominio de lo particular, al que solo se llega por la experiencia. Y el joven no tiene experiencia, porque esta se adquiere con la edad.

45. Por esa razón, las opiniones de los expertos, de los ancianos y de los prudentes no valen menos que las demostraciones, pues la experiencia les ha dado vista, y por eso juzgan rectamente.

Dejarse aconsejar es propio de la conducta prudente. Cuando **Carlos V** conoció la ejecución de **Tomás Moro**, dicen que comentó: «Yo hubiera preferido perder la mejor de mis ciudades antes que consejero tan valioso». Y de **Hernán Cortés** relata **Bernal Díaz** que «en todo tenía cuidado y advertencia, y cosa ninguna se le pasaba que no procuraba poner remedio, y, como muchas veces he dicho antes de ahora, tenía tan acertados y buenos capitanes y soldados que, demás de muy esforzados, dábamos buenos consejos».

«No cuentes las opiniones: pésalas», recomienda **Séneca**. Y es que, aunque todo el mundo tiene derecho a opinar con libertad, eso no significa que todas las opiniones tengan el mismo valor. Los especialistas en un tema son los que más saben sobre ese tema, y sus opiniones tendrán más valor que las opiniones del que sobre ese particular lo ignora casi todo.

46. La deliberación prudente ha de ser recta. Los malvados, para lograr lo que se proponen, razonan correctamente, pero por hacerlo al servicio del mal no decimos que su deliberación sea recta. Tampoco es recta la deliberación que nos lleva a un fin bueno por un camino malo.

Los caprichosos deslizamientos del lenguaje han hecho que la prudencia pueda ser identificada con dos de sus corrupciones: el apocamiento y la astucia ruin. Pero en su origen, prudencia designaba la cualidad máxima de la inteligencia, el arte de elegir bien en cada caso concreto, una vista excelente para ver bien en las situaciones más diversas, una difícil puntería capaz de apuntar en movimiento y acertar sobre un blanco también móvil.

47. Ser inteligente no es lo mismo que ser prudente. La inteligencia se aplica, igual que la prudencia, a problemas que exigen deliberación, y llega a proponer soluciones. Pero la prudencia va más allá: es normativa, es decir, ordena hacer o no hacer algo.

Hay una fina observación de **Emilio Lledó** en su *Memoria de la Ética*, a propósito de la necesidad de la prudencia. En un mundo –dice– que nos amenaza con la escasez, la miseria y la inseguridad, la superación no puede sustentarse únicamente en teorías: es preciso promover una praxis, una actividad real dispuesta a combatir y eliminar esas condiciones precarias que rodean la vida. Y el gran objetivo de una praxis prudente es promover la

justicia.

5. La justicia y las leyes

48. Es justo el que cumple las leyes. Y como las leyes buscan el bien común, la justicia parece la más perfecta de las virtudes, porque se ejerce en favor de los demás. «Ni el atardecer ni la aurora son tan maravillosos como ella», escribió Eurípides.

Así es. Obligados a vivir en sociedad, marcados como estamos por la necesidad de convivir, nos conviene jugar limpio. Si respetamos de común acuerdo esa necesidad de relación, promovemos la justicia. En cada individuo humano la naturaleza funciona sobre el instinto elemental de conservación, buscando la protección y defensa del propio ser. Pero, desde el momento en que ese individuo se presenta en el ámbito colectivo, la simplicidad del mecanismo natural se complica: ya son múltiples intereses los que deben ser coordinados, y eso exige inventar la justicia. Dice **Hesíodo** que *Zeus puso como norma de peces, fieras y pájaros voladores comerse unos a otros, pero a los hombres les dio la justicia, que es más provechosa.*

49. Reina la justicia donde reina la ley. Gracias a la ley no nos gobierna un ser humano sino la razón, pues un gobernante sin leyes gobernaría en su propio interés y se convertiría en tirano.

El Estado se expresa en la ley, y la ley se convierte en rey invisible que somete a los transgresores del derecho e impide los abusos de los más fuertes. Al aceptar la ley, el hombre acepta sobre sí una medida racional, no la violencia ni la arbitrariedad. Además, si la estabilidad social depende del respeto a la ley, *el pueblo deberá luchar por su ley como por sus murallas.* En esta sentencia de **Heráclito** aparece, tras la imagen de la ciudad defendida de los enemigos exteriores por su cerco de murallas, la ciudad defendida de las discordias internas por la ley.

50. La justicia puede ser natural y legal. La natural es inmutable, porque lo que es por naturaleza no cambia y tiene en todas partes la misma fuerza, lo mismo que el fuego quema tanto aquí como en Persia. En cambio, la justicia legal es variable, porque se funda en la utilidad y en el acuerdo, parecida a las medidas de vino y trigo, que no son iguales en todas partes.

Los seres humanos vivimos entre iguales. Nuestra igualdad de naturaleza es la fuente de los derechos humanos y de sus correspondientes deberes: exigencias racionales de ámbito universal que, desde **Sócrates**, han sido denominadas *leyes no escritas*, y también *ley natural*. Si la ley escrita supone un avance notable en la organización de la sociedad, el descubrimiento y respeto de leyes no escritas, vigentes en la naturaleza, tiene una importancia similar, pues toda ley humana es, en el fondo, traducción de la ley natural.

Cuenta **Cicerón** que, cuando Sexto Tarquino violó a **Lucrecia**, no había en Roma una ley contra la violación, «pero existía una razón derivada de la naturaleza de las cosas, incitando al bien y apartando del mal, que para llegar a ser ley no necesitó ser redactada por escrito, sino que fue tal desde su origen, tan antiguo como la mente divina». Por eso, «no hay nada más absurdo que creer que todas las leyes e instituciones son justas. ¿Acaso son justas las leyes de los tiranos? Si el fundamento del Derecho lo constituyera la voluntad de los pueblos, las decisiones de sus jefes o las sentencias de los jueces, entonces el Derecho podría consistir en robar, cometer adulterio o falsificar testamentos, si tales acciones fueran aprobadas por votación o por aclamación popular. Hay, por tanto, una distinción entre ley buena y ley mala, que solo puede hacerse desde el criterio de la Naturaleza».

Vemos, por tanto, que la condición humana es fuente de obligaciones o leyes naturales de carácter moral. Cuando los antiguos pensadores griegos y romanos estudiaron la naturaleza humana, descubrieron en ella una ley no física ni biológica, sino moral. Y por tener todos los hombres una naturaleza común, sin importar la tierra que pisen o el cielo que vean, la ley moral de esa naturaleza regirá a todos. Y su carácter universal y objetivo no quedará en entredicho ante hechos lamentables como la esclavitud o el genocidio, de la misma manera que los errores en una operación matemática no atentan contra el valor de las Matemáticas.

51. Tanto los actos justos como los injustos se definen por su carácter voluntario. Llamo voluntario a lo que uno hace estando en su poder hacerlo o no, sin ignorar a quién, con qué y para qué lo hace.

52. De las acciones involuntarias, unas son perdonables y otras no. Todos los errores que se cometen no solo con ignorancia sino por ignorancia son perdonables.

53. Los hombres piensan que para conocer lo que es justo y lo que es injusto no se requiere sabiduría, porque ya lo dicen las leyes. Pero las leyes son generales, mientras que las acciones son concretas. Todo el mundo sabe lo que es amputar, pero realizar esa operación para curar a un enfermo es tan difícil como ser médico.

54. Toda ley es universal, pero la variedad de acciones humanas es tan grande que algunas quedan fuera de la formulación general. En esos casos hay que obrar como lo hubiera establecido el legislador si hubiera conocido esa casuística. El que obra así, sin exigir una justicia minuciosa, es equitativo, y su disposición se llama equidad, una especie de rectificación de la justicia legal. Por tanto, ser equitativo es mejor que ser simplemente justo.

55. Es malo sufrir la injusticia, pero es peor cometerla. Ser injusto es un vicio censurable, pero padecer la injusticia no significa ser injusto ni vicioso.

56. Cuando se reflexiona sobre la conducta humana, lo importante no es teorizar sino llevar a la práctica lo que se dice. Porque no basta conocer la virtud: hemos de procurar vivirla.

57. Si todos rivalizaran por realizar acciones nobles, la sociedad marcharía como debe.

A veces conviene recordar lo evidente. Decía **Margaret Thatcher** que «hay poca esperanza para la democracia si los corazones de los hombres y de las mujeres de las sociedades democráticas no se vuelcan en algo más noble que ellos mismos. Las estructuras políticas, las instituciones estatales y los ideales colectivos no son suficientes».

58. Si los razonamientos bastaran para hacer buenos a los hombres, los compraríamos a cualquier precio. Pero no es así. De hecho, sirven para estimular a los jóvenes idealistas y a las personas nobles; en cambio, resultan ineficaces para corregir la conducta de la mayoría, que no se aparta del mal por vergüenza sino por temor a la ley.

Por eso es necesaria la obligación legal, que al mismo tiempo es protección y pedagogía. En el espacio libre de la *polis* griega, por primera vez en la historia, lejos de los antiguos poderes absolutos, el ciudadano se enfrentará a una aventura nueva y apasionante: el arte de construir una sociedad de hombres

libres. La libertad estrenada aparece como un amplio espacio de posibilidad que hay que roturar y sembrar. Pero la posibilidad es doble, hacia lo más humano y hacia lo inhumano: Aquiles ata a su carro el cadáver de Héctor y lo arrastra salvajemente alrededor de la tumba de Patroclo. Por eso es necesaria la protección de la justicia, como recuerda un texto de Herodoto: «Sois libres, pero no completamente, porque tenéis un dueño que es vuestra ley».

59. De hecho, la mayor parte de los hombres viven a merced de sus pasiones, buscan los placeres, huyen de los dolores y no tienen ni idea de lo que es verdaderamente hermoso y agradable, pues no lo han probado nunca.

Se trata de un resumen correcto de la condición humana, que **Kant** corrobora en una célebre metáfora: «Con el leño torcido del que ha salido el ser humano no es posible tallar algo que sea del todo recto».

Sin apuntar a España, **George Steiner** escribe *La barbarie de la ignorancia* y se queja de que, en todo el mundo, el noventa y nueve por ciento de los seres humanos prefieren –y están en su perfecto derecho– la televisión idiota, la lotería, el *Tour* de Francia, el fútbol o el bingo antes que la cultura escrita. El sabio profesor lleva toda su vida esperando que la escolarización obligatoria y la proliferación de bibliotecas cambien tal porcentaje, pero eso nunca sucede. Porque la cultura –reconoce– es muy exigente, y el animal humano es muy perezoso. Y en este punto, con la naturaleza humana hemos topado, esa mezcla inestable y explosiva, explotada por una cultura del ocio que antes sencillamente no existía, y que ahora florece y se consolida gracias a una astronómica cuenta de resultados.

60. No es nada fácil desarraigar con razones lo que está arraigado con hábitos en el carácter.

61. El razonamiento y la instrucción mejoran a los hombres cuando la conducta ha sido previamente abonada por los hábitos –como tierra destinada a la siembra– para querer lo que se debe querer y rechazar lo que se debe rechazar. Porque quien sigue a sus pasiones no sigue a su razón, y ni siquiera la comprende.

62. La vida templada y firme no es agradable al vulgo, y menos a los jóvenes. Por eso es preciso que la educación y las costumbres estén reguladas por leyes, pues lo que se hace habitual deja de ser penoso.

De nuevo **Steiner**: «¿Con qué derecho puede uno obligar a un ser humano a alzar el listón de sus gozos y sus gustos? Yo sostengo que ser profesor es arrogarse este derecho. No se puede ser profesor sin ser por dentro un déspota, sin decir: “Te voy a hacer amar un texto bello, una música hermosa, las altas matemáticas, la historia, la filosofía”».

63. No basta la buena conducta durante los años jóvenes: es preciso mantenerla en la madurez. También entonces necesitamos leyes, y durante toda la vida, porque los hombres obedecen mejor con órdenes y castigos que con razones y bondad.

El hecho de que se nos puedan pedir responsabilidades, de tener que «rendir cuentas» y de que estemos dispuestos a rendirlas, a responder de nuestros actos, es una gran ayuda a la hora de obrar éticamente, de no abusar de nuestra libertad. La libertad corre el peligro de degenerar en arbitrariedad si no se vive con responsabilidad.

Decía **Cicerón** que para ser libres nos hacemos esclavos de las leyes. Y tenía razón, pues la obediencia a las leyes garantiza la paz, el orden social, la libertad de movimientos dentro de una sociedad donde no reina la violencia, ni la ley del más fuerte, ni la anarquía.

64. Por eso se piensa que los gobernantes deben animar a los que ya obran bien. En cambio, deben corregir y castigar a los que no cumplen las leyes, y desterrar a los delincuentes incorregibles.

A veces, sin embargo, sucede lo contrario. Del mejor comentarista de Aristóteles, **Tomás de Aquino**, es esta fina observación: «A los tiranos les parecen más sospechosos los buenos, y para que los súbditos no se hagan virtuosos ni magnánimos, con el peligro consiguiente de que no soporten más su tiranía, procuran que no se consoliden entre ellos los lazos de amistad, y que no disfruten de paz en sus relaciones mutuas».

65. Un particular no puede obligar a los demás, y se hace odioso si lo intenta. En cambio, la ley es buena porque puede obligar, y porque refleja cierta prudencia e inteligencia. Por eso es evidente que la sociedad necesita leyes, y leyes buenas si quiere funcionar bien.

La necesidad de leyes buenas es tan evidente como la existencia de leyes malas y perversas. El mismo Aristóteles –hombre de su época– no duda en justificar la esclavitud. Una lacra que será legal, en un país tan civilizado y democrático como Inglaterra, hasta el siglo XIX. La película *Amazing Grace* nos muestra la lucha denodada de **William Wilberforce**, desde su escaño en el Parlamento británico, contra de las leyes británicas que amparaban la esclavitud.

Un somero repaso a la Historia nos enseña que pueblos enteros han permanecido sumidos en errores graves durante siglos. Occidente, en el siglo XXI, no es una excepción, y necesita que surjan otros **Wilberforce** con la valentía de repetir que no se puede eliminar al no nacido, que los embriones no son material de investigación o de comercio, que los enfermos terminales tienen una dignidad, o que no se pueden imponer políticas que degradan la dignidad de la familia o de la escuela.

66. Procurar el bien de una persona es algo deseable, pero es más hermoso y divino conseguirlo para un pueblo y para las ciudades.

67. La mejor educación se logra en el seno de la familia, gracias a la palabra y a las costumbres del padre, porque los hijos aman a sus padres y les obedecen por naturaleza.

La especie humana no es viable sin la familia. Pero sería equivocado concebirla como célula de la sociedad tan solo en sentido biológico, pues también lo es en lo social, político, cultural y moral. Virtudes sociales tan importantes como la justicia y el respeto a los demás se aprenden principalmente en su seno, y también el ejercicio humano de la autoridad y su acatamiento. La familia es, por tanto, insustituible desde el punto de vista de la pedagogía social. Su propia estabilidad, por encima de los pequeños o grandes conflictos inevitables, es ya una escuela de esfuerzo y ayuda mutua. En esa escuela se forman los hijos en unos hábitos cuyo campo de aplicación puede fácilmente ampliarse a la convivencia ciudadana. De hecho, la convivencia familiar es una enseñanza incomparablemente superior a la de cualquier razonamiento abstracto sobre la tolerancia o la paz social.

68. La familia educa mejor que el Estado porque conoce personalmente a sus miembros, y sabe lo que más le conviene a cada uno, como el médico o el entrenador que proponen diferentes remedios y planes de entrenamiento.

Ha tenido que sobrevenir una crisis de la familia sin precedentes, para que muchos analistas sociales vuelvan a verla como la más amable de las creaciones humanas, la más delicada mezcla de necesidad y libertad. Solo ella parece capaz de transmitir con eficacia valores fundamentales que dan sentido a la vida, y eso la hace especialmente valiosa en un mundo consagrado al pragmatismo.

Poco hay que enseñar a una mariposa o a un pulpo, pero si los seres humanos quieren alcanzar la madurez personal, deben estar bajo la protección de personas responsables durante largos años de crecimiento intelectual y moral. En este hecho natural descansa la tarea insustituible de la familia, y su desconocimiento está generando un coste social y unas patologías alarmantes. Por ello, los que hablan o legislan contra la familia –decía Chesterton– no saben lo que hacen, porque no saben lo que deshacen.

6. Libertad y responsabilidad

69. Cada hombre es responsable de sus acciones voluntarias, y es evidente que la virtud y el vicio están entre las cosas voluntarias, pues no hay ninguna necesidad de cometer acciones malas. Por esto es censurable el vicio, y la virtud, elogiada.

La cultura griega tiende a someter la libertad humana a los caprichos del Destino. Aristóteles, por el contrario, reivindica la primacía de la libertad, y no justificaría el entreguismo de un personaje de **Sófocles**: –Presiento el horror de que voy a ser capaz, pero la pasión supera a mis resoluciones.

70. Por nuestras acciones voluntarias merecemos alabanzas o reproches. Por las involuntarias, indulgencia o compasión. El legislador debe tener esto en cuenta a la hora de recompensar o castigar una conducta.

71. Son involuntarias las cosas que se hacen por fuerza o ignorancia. A la fuerza puede un hombre ser raptado o llevado a la deriva por el viento y las olas.

72. En cuanto a lo que se hace por temor a males mayores y por una causa noble – por ejemplo, pagar un gran rescate por un familiar amenazado de muerte–, es dudoso si tal conducta debe llamarse voluntaria o involuntaria.

73. Algo semejante ocurre cuando se arroja al mar el cargamento en las tempestades: nadie lo haría en circunstancias normales, pero cuando está en juego la vida de los demás y la propia, lo hacen todos los que tienen sentido común. En tales acciones se mezcla lo voluntario y lo involuntario: son voluntarias porque el que las hace puede no hacerlas, y son involuntarias porque nadie elegiría hacer eso si no se viera forzado a ello.

Este dictamen puede aplicarse a los componentes de un equipo uruguayo de rugby, cuyo avión se estrelló en los Andes en octubre de 1972. Al cabo de unos días, los supervivientes comprendieron que la operación de rescate había sido abandonada, y los pasajeros, dados por muertos. Si querían sobrevivir tendrían que arreglárselas por sus propios medios. Entre esos medios, una decisión que más tarde conmocionaría al mundo: alimentarse de los cadáveres de los fallecidos. Lo cuenta por escrito Piers Paul Read, en *¡Viven!*, y lo lleva al cine

Frank Marshall, con el mismo título.

74. De todas formas, hay cosas a las que uno no puede ser forzado, y a las que debe preferir cualquier sufrimiento e incluso la muerte: resulta ridículo el caso del Alcmeón de Eurípides, que mata a su madre por escapar a la maldición de su padre.

Es, también, el caso de los célebres *Juicios de Nuremberg*, un largo y delicado proceso judicial contra políticos, médicos y jueces nazis, por su responsabilidad en el asesinato de seis millones de judíos inocentes. El espinoso problema que se plantea es, en el fondo, saber si se puede condenar a jueces y médicos que se limitaron a cumplir las leyes de su país, promulgadas por un Parlamento elegido democráticamente. Por tanto, también se trata de una reflexión sobre los límites del positivismo jurídico y sobre la necesidad de un derecho natural universal e inviolable. «Un juez no es quien promulga leyes, sino quien las hace cumplir», esgrimirá la defensa alemana. Pero el juez del proceso le responde: «Si los hombres no son responsables de sus actos, tendrá usted que explicármelo».

La historia, contada por Stanley Kramer en la película *Vencedores y vencidos*, 1961, nos enseña que «hombres normales, incluso excepcionales, pueden engañarse hasta la monstruosidad». Además, en la gran pantalla –donde la fuerza y precisión de los diálogos es extraordinaria– apreciamos la diferencia esencial entre lógica y verdad, y el enorme peligro de que esa distinción pueda quedar oculta o difuminada por la retórica. Resultan magistrales Spencer Tracy, Marlene Dietrich, Montgomery Clift, Burt Lancaster y Richard Widmark.

75. A veces no es fácil saber qué cosas se deben preferir sobre otras, porque las cuestiones y situaciones particulares son diversísimas. Pero eso no autoriza a pensar que lo que más nos gusta nos resulta inevitable. Sería como echar la culpa de lo que hacemos a lo que está fuera de nosotros, y no a nosotros mismos, que tan fácilmente nos dejamos arrastrar. Las mismas pasiones, no por irracionales son menos humanas. Por eso, dejarse llevar por la ira o por el deseo de placer es propio del hombre, y es ridículo considerar involuntaria tal conducta.

El emperador **Marco Aurelio** no disculpa a quien se ampara en sus debilidades: «De ti dependen, por completo, la sinceridad, la dignidad, la resistencia al dolor, el rechazo de los placeres, la aceptación del destino, la necesidad de poco, la benevolencia, la libertad, la sencillez, la seriedad, la

magnanimidad. Observa cuántas cosas puedes ya conseguir sin pretexto de incapacidad natural o ineptitud, y por desgracia permaneces por debajo de tus posibilidades voluntariamente. ¿Es que te ves obligado a murmurar, a ser avaro, a adular, a culpar a tu cuerpo, a darle gusto, a ser frívolo y a someter a tu alma a tanta agitación, por estar defectuosamente constituido? ¡No, por los dioses! Hace tiempo que podías haberte apartado de esos defectos».

A propósito de la inevitable responsabilidad personal, La historia del piloto y escritor **Saint-Exupéry** es muy ilustrativa. En 1940, con Francia ocupada por los nazis, el piloto civil, sediento de aventura y cansado de su mujer, se alista como piloto de guerra en una escuadrilla con base en el norte de África. Allí, en la vasta soledad del desierto, recapacita, piensa en su esposa abandonada en Francia, reconoce lo mal que la ha tratado y comienza a escribir *El Principito*, la confesión de su arrepentimiento, la historia del príncipe de un planeta liliputiense, que abandona una rosa y tres volcanes en miniatura. Así nace uno de los libros más atractivos del mundo.

El amor entre Antoine de Saint-Exupéry y Consuelo Sucin, durante quince años de matrimonio, es la historia de un hombre famoso que se busca a sí mismo y no se encuentra, que se deja seducir por sus admiradoras, que le gusta vivir y volar a su aire, sin compromisos. Por eso huye y regresa constantemente, en un vagabundeo sentimental facilitado por su condición de piloto y escritor célebre. En *Memorias de la rosa*, Consuelo describe su vida junto a Antoine como una serie interminable de rupturas y reconciliaciones, más o menos teatrales.

76. La ignorancia puede darse de muchas maneras: uno puede equivocarse sin querer, puede juzgar mal por falta de datos, se le puede disparar un arma, ofrecer una medicina que mate en lugar de sanar, herir sin pretenderlo, etc. Pero el que se equivoca involuntariamente por esta clase de ignorancia, tiene que sentir pesar y arrepentimiento por su acción.

77. La voluntariedad está en las obras, pero también en las intenciones. Por eso debemos aborrecer ciertas cosas y desear otras, como la salud y la educación.

78. Toda acción razonable debe ir precedida por la deliberación. La deliberación se da respecto a las acciones cuyo resultado no es claro. Y si son cuestiones importantes nos hacemos aconsejar y desconfiamos de nosotros mismos.

La libertad se educa con el consejo prudente. Confucio recomienda vivamente la petición de consejo y la reflexión: «¿Cómo puede haber hombres que obren sin saber lo que hacen? Yo no querría comportarme de ese modo. Es preciso escuchar las opiniones de muchas personas, elegir lo que ellas tienen de bueno y seguirlas, ver mucho y reflexionar con madurez sobre lo que se ha visto».

79. No deliberamos sobre los fines, sino sobre los medios. En efecto, el médico siempre pretenderá curar, el orador persuadir, y el político legislar: el fin lo dan por sentado, y solo deliberan sobre el modo y los medios de alcanzarlo. Quiero decir, por ejemplo, que nadie elige estar sano, sino hacer ejercicio o descansar para estar sano; y nadie elige ser feliz, sino ganar dinero o correr algún riesgo para alcanzar la felicidad.

80. El objeto de la voluntad debe ser el bien, pero cada uno toma como bien lo que le aparece como tal: el hombre bueno toma como bien lo que de verdad lo es, y el hombre malo toma como bien cualquier cosa.

Esa humillante constatación hizo escribir a **Ezra Pound**: «Cuando observo con cuidado los curiosos hábitos de los perros, me veo obligado a concluir que el hombre es un animal superior. Cuando observo los curiosos hábitos del hombre, le confieso, amigo mío, que me quedo intrigado».

81. Para cada hombre hay bellezas y placeres diferentes, y seguramente en lo que más se distingue el hombre bueno es en juzgar correctamente todas las cosas, siendo así como el canon y la medida de ellas. En cambio, el error de la mayoría parece debido al placer, pues sin ser un bien lo parece, y por eso eligen el placer como si fuera un bien y rehúyen el dolor como un mal.

La libertad se define como el poder de dirigir y dominar los propios actos, la capacidad de proponerse una meta y encaminarse hacia ella, el autodomínio con el que los hombres gobernamos nuestras acciones. En el acto libre entran en juego las dos facultades superiores del psiquismo humano: la inteligencia y la voluntad. La voluntad elige lo que previamente ha sido conocido por la inteligencia. Pero antes de elegir es preciso deliberar, hacer circular por la mente las diversas posibilidades, con sus diferentes ventajas e inconvenientes. La decisión es el corte de esa rotación mental de posibilidades. Me decido cuando elijo una de las posibilidades debatidas; pero no es ella misma la que me

obliga a tomarla; soy yo quien la hago salir del campo de lo posible. Por eso **Ulises**, aunque reconoce que la ninfa **Calipso** le acogió gentilmente, le alimentó y le prometió hacerle inmortal y libre de vejez para siempre, agrega que «no logró convencer mi corazón dentro del pecho». El héroe griego prefirió no ser un dios, rechazó el amor de una diosa y eligió a su mujer **Penélope**.

82. Si lo propio del hombre es obrar voluntariamente después de deliberar, es claro que tanto la virtud como el vicio van a depender de nosotros. En efecto, siempre que está en nuestro poder el hacer, lo está también el no hacer, y siempre que está en nuestro poder el no, lo está el sí. Por tanto, la posibilidad de hacer lo bueno y lo malo nos da también la posibilidad de ser virtuosos o viciosos.

Estación de esquí. Al iniciar el descenso escoges una pista. Y dentro de esa pista eliges rutas. En tu descenso hay libertad. La vida es también elección libre de caminos, pero no con la facilidad del que baja: no es libertad en lo fácil sino en lo arduo. **Marco Aurelio** dice que el arte de vivir se parece más a la lucha que a la danza. Lo escribió en campaña, pero su mensaje es necesario para tiempos de paz, porque nuestro cuerpo es vulnerable siempre, porque nadie nacería sin la fortaleza de la mujer en el parto, nadie comería sin el esfuerzo del que trabaja la tierra o del que arriesga su vida en la mar. Así que no es aventurado afirmar que la sociedad siempre ha descansado sobre las espaldas de los fuertes.

83. Muchos consideran involuntarios tanto el amor como algunos deseos e impulsos naturales, porque son poderosos por encima de la naturaleza. Y somos indulgentes con ellos por su capacidad de violentar a la misma naturaleza.

Lope de Vega describe admirablemente la fuerza del amor, que zarandea al enamorado hasta hacerle *creer que el cielo en un infierno cabe*, y le convierte al mismo tiempo en áspero y tierno, difunto y vivo, cobarde y animoso, alegre y triste, valiente y fugitivo, satisfecho y ofendido. El torbellino del amor hace al enamorado *caer del cielo y ser demonio en pena, creer sospechas y negar verdades, y lo que es temporal llamar eterno*.

84. Decir que nadie es malo voluntariamente es una verdad a medias. Cualquier persona sabe que la maldad es voluntaria, y los legisladores así lo aceptan cuando penalizan a los que van contra la ley sin haber sido obligados y sin ignorancia responsable. No depende de nosotros sentir calor o frío, pero sí dependen nuestros actos

libres.

«¿Qué es en realidad el hombre?», se preguntaba el psiquiatra **Viktor Frankl**, después de sobrevivir a Auschwitz. «Es el ser que siempre decide lo que es. El ser que ha inventado las cámaras de gas y al mismo tiempo ha entrado en ellas con paso firme, musitando una oración».

85. Incluso la ignorancia puede castigarse si el delincuente parece culpable de ella. Por eso a los embriagados se les impone doble castigo, pues eran muy dueños de no embriagarse. También se castiga a los que desconocen leyes que debían conocer. Y, en general, a todos los que ignoran algo por negligencia.

86. Hay hombres tan echados a perder que no parecen responsables de sus actos. Pero no es así, porque ellos mismos han sido causantes de su modo de ser por la dejadez con que han vivido.

87. Uno es injusto o depravado a base de cometer injusticias o de pasarse la vida bebiendo y en cosas semejantes. Esto es evidente en los que se entrenan para cualquier competición o actividad. Por eso, si alguien desconoce que la práctica de unas cosas u otras es lo que produce los hábitos, es un perfecto estúpido.

88. Es absurdo decir que el injusto no quiere ser injusto, y que el que se desmadraba no quiere desmadrarse. Porque si alguien comete de forma consciente acciones injustas, será injusto voluntariamente. Con el agravante de que no por querer dejar de ser injusto se volverá justo, como tampoco el enfermo, sano.

Cuando un hábito peligroso cristaliza, puede resultar imposible erradicarlo. Pero quien lo sufre es responsable de esa impotencia. En una de sus novelas, **Claudio Magris** señala que «las acciones tienen un peso propio, independiente de nuestro gusto, independiente de la fácil retórica de la excusa. Por eso, son los primeros pasos en el mal aquellos de los que debemos guardarnos».

Ante la posibilidad de caer en una conducta adictiva, seguir el consejo de Magris puede ser cuestión de vida o muerte. Antes de suicidarse, **Kurt Cobain** declaraba: «No quiero ser adicto, no quiero autodestruirme, pero la heroína es tan poderosa como el diablo, es lo más adictivo que he probado nunca. No quiero volver a probarla, pero no puedo evitarlo. Me vuelvo loco».

89. El injusto y el desmadrado podían no haber llegado a lo que ahora son, y por eso lo son voluntariamente; pero una vez que ya son así, no está en su mano cambiar de forma de ser.

Un indio cherokee explica a su pequeño hijo que en el interior de todo hombre luchan dos lobos, uno bueno y otro malo. El malo personifica la mentira, la pereza, la lujuria, la envidia, la deslealtad... En el bueno brillan la generosidad, la moderación, el esfuerzo, el respeto, la amistad...

—¿Y qué lobo vence al final? —pregunta el niño.

—El que tú alimentes, hijo mío.

90. Es menos dañina la maldad del que tiene menos capacidad de obrar. Y como la inteligencia confiere al hombre una enorme capacidad de acción, un hombre malo puede hacer mil veces más mal que un animal.

Esa capacidad se multiplica en las personas con autoridad, como advierte Tomás Moro en su *Utopía*: «Del príncipe, como de un inagotable manantial, viene a los pueblos la inundación de todo lo bueno y de todo lo malo».

7. El placer y la templanza

91. La causa de la conducta animal es simple, pero en el hombre es compleja, pues el deseo y la razón no siempre están de acuerdo.

Este íntimo y lacerante desajuste hace preguntarse a **Shakespeare** por qué el alma humana, con toda su savia de nobleza, es también nido de los instintos más deshumanizados.

Hace tiempo, corrigiendo un examen de Antropología, me sorprendió la expresión «mezcla explosiva» aplicada al animal racional. Tan adecuada como afortunada, pues refleja perfectamente esa contradicción psicológica que todo hombre experimenta al notar la doble atracción hacia la justicia y la injusticia, la paz y la violencia, el control y el descontrol, la generosidad y el egoísmo: el bien y el mal.

Solo con esfuerzo se puede evitar que la contradicción psicológica pase a la conducta. De lo contrario, se refleja en las acciones con mayor o menor estridencia. En los casos extremos, nos encontramos con personas sensibles y educadas que protagonizan acciones abyectas. Un ejemplo entre muchos: el rey **Ricardo**, que para la historia será «Corazón de León», merecía el sobrenombre tanto por su melena rubia como por su valentía y generosidad. Era también exquisito poeta y músico refinado. Pero dio rienda suelta –según nos cuenta **Régine Pernoud**– a todas las pasiones que pueden atormentar a un hombre, y sus magníficas cualidades fueron ahogadas con frecuencia por la violencia de un temperamento dado a todos los excesos. Otro ejemplo de esa desmesura, que Aristóteles conoció muy de cerca, fue precisamente el de **Alejandro Magno**.

92. Apetito y razón nos acompañan desde el nacimiento, y son los dos caracteres por los que definimos lo que es natural.

Ese desequilibrio lo vemos a diario en nuestras sociedades capitalistas. La misma persona a la que se prepara para ser disciplinada en el trabajo, responsable, exigente, paciente y comprensiva, es aleccionada a consumir de forma compulsiva, a buscar el placer individual e inmediato, a poner el mínimo

esfuerzo, a no prescindir de nada: en definitiva, a ser una persona como trabajador y otra completamente distinta como consumidor.

Pascal explica que, en el tratamiento del placer, tanto el hedonismo como el ascetismo riguroso son extremismos condenados al fracaso: «Esta guerra interior de la razón contra las pasiones ha hecho que los que han querido vivir en paz hayan formado dos escuelas. Unos han querido renunciar a las pasiones y ser como dioses; otros han preferido renunciar a la razón y vivir como bestias. Pero no lo han conseguido ni unos ni otros».

93. Todos reconocen que el dolor es un mal. Y lo que se opone al dolor es el placer. Por eso, aunque puede haber placeres malos, todos incluyen el placer en la trama de la felicidad.

94. El placer se presenta íntimamente asociado a nuestra naturaleza. Por eso los educadores se sirven del placer y del dolor como de un timón para dirigir a la infancia.

Cervantes elogia ese arte en los maestros del colegio donde estudió: «Recibí gusto de ver el amor, el término, la solicitud y la industria con que aquellos benditos padres y maestros enseñaban a aquellos niños, enderezando las tiernas varas de su juventud, porque no torciesen ni tomasen mal siniestro en el camino de la virtud, que juntamente con las letras les mostraban. Consideraba cómo los reñían con suavidad, los castigaban con misericordia, los animaban con ejemplos, los incitaban con premios y los sobrellevaban con cordura. Y, finalmente, cómo les pintaban la fealdad y horror de los vicios, y les dibujaban la hermosura de las virtudes, para que, aborrecidos ellos y amadas ellas, consiguiesen el fin para que fueron criados».

95. Los placeres y los dolores influyen mucho en los hábitos, pues somos capaces de hacer cosas malas si son placenteras, y nos apartamos del bien cuando nos causa dolor. De ahí la necesidad de haber sido educados desde jóvenes –como recomienda Platón– para distinguir qué placeres y dolores conviene aceptar o rechazar. En realidad, esa es la auténtica educación.

Gadamer afirma que «es de extraordinaria importancia para la *praxis* eso que Aristóteles llama *ethos*. Porque quien no sabe dominar sus afectos, no es capaz de escuchar al *logos*».

96. Es importante acostumbrarse a disfrutar con los placeres convenientes y rechazar los inconvenientes. Esto tiene una importancia enorme, ya que todos los hombres persiguen lo agradable y rehúyen lo molesto.

Erasmus ironizó sobre este punto en un célebre texto: «Júpiter nos otorga mucha más pasión que razón, en una proporción aproximada de veinticuatro a uno. Él ha erigido dos irritables tiranos para oponerse al poder solitario de la razón: la ira y la lujuria. La vida ordinaria del hombre evidencia claramente la impotencia de la razón para oponerse a las fuerzas combinadas de estos dos tiranos. Ante ella, la razón hace lo único que puede, repetir fórmulas virtuosas, mientras que las otras dos se desgañitan de modo cada vez más ruidoso y agresivo, empujando a la razón a seguir las hasta que, agotada, se rinde y se entrega».

97. Con el placer hemos de actuar como los ancianos de Troya con **Helena**: «Se parece a las diosas, mas por bella que sea, debe volver a Grecia, y no quedarse para ruina nuestra y de nuestros hijos».

Lo espontáneo en el hombre, como en el animal, es la búsqueda del placer sensible, pero **Séneca** nos advierte que «el que persigue el placer subordina a él todas las cosas, y lo primero que descuida es su libertad». Quiere decirnos que, si concedemos al placer un gran protagonismo en nuestra vida, ese protagonismo tenderá a ser tiránico: cerrará los oídos a la voz de la razón, nublará nuestra mirada inteligente y nos bloqueará la dirección de la voluntad.

98. Son tres los objetos de preferencia y tres los de aversión: lo bello, lo conveniente y lo agradable, frente a lo vergonzoso, lo perjudicial y lo penoso. El hombre bueno es el que acierta en todas sus elecciones, mientras el malo se equivoca, sobre todo respecto al placer.

99. Por naturaleza se desea el bien, y en contra de la naturaleza y por perversión se desea el mal. La corrupción y la perversión tienen siempre origen en el placer y en el dolor, porque el hombre está hecho de tal manera que lo agradable le parece bueno, y lo más agradable, mejor, mientras que lo penoso parece malo, y lo más penoso, peor.

100. El hombre íntegro se complace en las acciones virtuosas y siente desagrado por las viciosas, lo mismo que el músico disfruta con las buenas melodías y no soporta las malas.

101. No debemos pasar por alto estas cuestiones, y más si consideramos que se prestan a grandes controversias. Pues unos dicen que el bien es el placer, y otros, por el contrario, lo consideran vil, pues esclaviza a la mayor parte de los hombres.

El Club de los Poetas Muertos (Peter Weil, 1989) es una bella y sorprendente película, centrada en el mundo de la educación. Hace reflexionar al espectador sobre las inquietudes y el ansia de libertad de los adolescentes. Keating, un original profesor de literatura en un prestigioso colegio norteamericano, desea salvar a sus alumnos del aburrimiento y la mediocridad. Para ello recupera y repite el viejo *carpe diem* horaciano: «Aprovechad el momento, chicos; haced que vuestra vida sea extraordinaria, para que nadie llegue a la muerte y descubra que no ha vivido». A Keating no le falta razón. Pero las consecuencias de su inconcreta insinuación van a ser lamentables, quizá por haber olvidado dos matices: que aprovechar el instante no significa absolutizarlo, y que llenar el tiempo no es amontonar intensidades placenteras, sino lograr un mosaico coherente y enriquecedor.

102. **Eudoxo** pensaba que el placer es el bien supremo, porque todos los seres aspiran a él, tanto los racionales como los irracionales. Además, no se desea con un fin ulterior: nadie se pregunta con qué fin goza, y ahí se manifiesta que el placer es elegible por sí mismo.

Freud extendió la suposición de que el psiquismo humano crecería sano si se diera rienda suelta a los instintos. Pero la experiencia se empeña en demostrar que la conquista de un mundo feliz por la liberación de los instintos ignora su desorden latente, pues una sensibilidad espontánea, liberada de lo racional, desemboca siempre en la degradación.

103. Sin embargo, hay placeres que derivan de actividades nobles, y otros, de vergonzoso origen. Y no debemos complacernos en lo vergonzoso, como nadie elegiría vivir con la inteligencia de un niño para disfrutar con lo que disfrutaban los niños.

104. Los placeres son malos cuando hacen al hombre brutal o vicioso. Ese peligro es mayor en la juventud, porque el crecimiento pone en ebullición la sensibilidad, y en algunos casos produce la tortura de los deseos violentos.

En *La Celestina*, **Pleberio** lamenta la muerte de su hija **Melibea** con estas

atormentadas palabras: «¿Quién forzó a mi hija a morir, sino la fuerte fuerza del amor? (...). ¡Oh amor, amor! ¡Que no pensé que tenías fuerza ni poder de matar a tus sujetos! (...). Haces que feo amen, y hermoso les parezca. ¿Quién te dio tanto poder? ¿Quién te puso nombre que no te conviene? Si amor fueses, amarías a tus sirvientes; si los amases, no les darías pena; si alegres viviesen, no se matarían, como agora mi amada hija».

105. Además, muchas de las cosas por las que merece la pena luchar no son placenteras. Por tanto, ni el placer se identifica con el bien, ni todo placer se debe apetecer.

Así es. Pensamos que merece la pena el esfuerzo de un médico por salvar a un paciente, y el riesgo nada placentero del pescador en alta mar o del bombero rodeado por las llamas. Merece la pena el esfuerzo por aprender, por conseguir buenas calificaciones académicas, por actuar con lealtad, por vivir la justicia, por ayudar a los demás, por comprender y perdonar, por educar a los hijos, por rendir en el trabajo, por respetar las leyes...

106. El placer perfecciona la actividad. Y como la vida es actividad, el deseo universal de placer manifiesta el deseo universal de vivir.

107. Cada actividad es intensificada por el placer correspondiente, y por eso sabe más el que se ejercita en algo con placer. Por ejemplo, son mejores científicos los que disfrutan con la ciencia, y lo mismo ocurre con los artistas, los arquitectos, etc.

108. No hay nada que nos resulte siempre agradable, porque nuestra naturaleza no es simple ni perfecta. Si la naturaleza de alguno fuera simple, la actividad más agradable para él sería siempre la misma.

«Otorgad a un hombre todo lo que desea, e inmediatamente pensará que ese todo ya no es todo», asegura **Kant**.

109. Actividades específicamente distintas producen placeres específicamente distintos, que no pueden experimentarse unidos. Así, el aficionado a la literatura es incapaz de prestar atención a una conversación si está leyendo. De hecho, cuando disfrutamos mucho con algo, no hacemos a la vez otra cosa. Por eso, los que comen golosinas en el teatro lo hacen sobre todo cuando los actores son mediocres.

110. Las acciones humanas pueden ser nobles, vergonzosas o indiferentes, y lo mismo ocurre con los placeres correspondientes.

111. Valoramos los mismos placeres de forma muy diferente, pues las cosas que agradan a unos molestan a otros. En tal caso, la valoración correcta ha de ser la del hombre bueno, y si lo que le parece molesto resulta agradable a alguno, ello no es de extrañar, pues en los hombres hay muchas corrupciones y vicios.

112. Si los poderosos, por no haber gustado nunca un placer puro y libre, se entregan a los del cuerpo, no se ha de pensar por ello que estos son preferibles: también los niños creen que lo que a ellos les gusta es lo mejor.

113. Si las cosas valiosas no son las mismas para los niños y para los hombres, es lógico que tampoco lo sean para los buenos y para los malos. Pero el juicio recto sobre el bien y el mal ya hemos dicho que corresponde al hombre virtuoso.

114. Llamamos templanza al término medio respecto a los placeres. Pero conviene precisar que se refiere solo a algunos placeres corporales. En concreto, al tacto y al gusto respecto a la comida, la bebida y los placeres sexuales.

115. Se puede considerar el gusto como una forma de tacto, y por eso un glotón pedía a los dioses que su gástrico se volviera más largo que el de una grulla, por atribuir al contacto el placer que experimentaba.

116. Vemos que el más común de todos los sentidos, el que poseen todos los animales, es el que origina la falta de templanza. Una falta que se censura con razón, porque se da en nosotros no por lo que tenemos de hombres sino de animales.

117. Por ello, complacerse en estas cosas y buscarlas por encima de todo es propio de bestias. Y si alguien viviera solo para los placeres del alimento y del sexo, sería absolutamente servil, pues para él no habría ninguna diferencia entre haber nacido bestia u hombre.

Leticia tiene quince años, una guitarra, varios hermanos y mucha simpatía. Le pregunto su opinión sobre algunas series de televisión. Me responde que ha decidido no verlas, porque le parece que confunden el amor con la obsesión por enchufar sexo en las cabezas de los espectadores. «Pretenden hacernos creer – me explica– que lo normal es el sexo fuera del matrimonio, el aborto y la

eutanasia, y –sobre todo– la homosexualidad. Además, como son guiones llenos de humor, parece que todo lo que muestran es bueno y maravilloso».

Algún lector estará pensando que esta chiquilla es un poco estrecha, pero **José Antonio Marina** dice algo muy parecido: «Si yo fuera un extraterrestre y viera algunos programas de televisión, pensaría que los humanos son unos salidos que no piensan nada más que en el sexo. Es la presión de los adultos, entre otras cosas por razones comerciales, la que está reduciendo el período infantil y lanzando, sobre todo a las chicas, a un mundo obsesivamente sexualizado».

Algún lector pensará, sin duda, que Marina es un poco estrecho, pero **Ángeles Caso** lamenta esa misma marea de zafiedad en programas donde «se miente, se grita, se insulta, se calumnia y se rebuzna». Además, por su propia condición de escritora, se centra en el punto de la degradación televisiva que más le duele: la reducción de las mujeres a trozos de carne, a marujas parlanchinas, a compradoras compulsivas, a «exhibicionistas de cuerpos espléndidos con cerebros de mosquito».

Tal vez Ángeles Caso sea un poco estrecha, pero **Emilio Lledó** también piensa que «nuestra televisión es una basura. Y su tiranía sobre la conciencia infantil y juvenil es un problema más grave que el desempleo y la crisis económica. Esos *otros educadores* han invadido sin derecho alguno el espacio de la educación, y han introducido valores, ideas y palabras mortales para la vida de la mente y de los hombres. La educación auténtica exige idealismo y generosidad, y solo es posible por el cultivo del conocimiento, de la mirada sobre la realidad de la vida y de los hombres. No se trata de algo utópico. Lo utópico, irreal y ridículo es el pragmatismo de lo inútil, la falacia de convertir en real las informaciones o esperpentos que nos venden como vida, ese detritus mental que se produce en muchos rincones de la sociedad».

Tal vez Lledó..., pero **Robert Spaemann** también opina que «quienes trabajan en ese medio de comunicación aplican casi únicamente el criterio del impacto para seleccionar los temas. De este modo, la tradición basada en valores normales de la vida no tiene ya espacio. La televisión destruye sistemáticamente la diferencia entre lo normal y lo anormal, porque en sus parámetros lo normal carece de interés. Por lo tanto, ni el equilibrio, ni la verdad, ni la belleza se respetan como valores. No sé si pecho de pesimista, pero

creo que la dependencia de las personas de la televisión es el hecho más destructivo de la civilización actual».

Tal vez Lledó y Spaemann sean filósofos estrechos, pero es Arturo **Pérez-Reverte** quien coincide con ellos y lamenta lo que ha visto en «una de esas series de estudiantes, y de jóvenes en su misma mismidad», donde no falta un rata, varias chicas preocupadas porque Mariano no las mira, un cachas que se cepilla a una de ellas, un guapo que está saliendo de la droga, una profesora con ganas de tirarse a los alumnos, un gay que encuentra su media naranja en otro chico gay que resulta ser hijo del conserje, una chica que se queda embarazada... «Lo malo es que todo eso rebota fuera, y en vez de ser la serie la que refleja la realidad de los jóvenes, al final resultan los jóvenes de fuera los que terminan adaptando sus conversaciones, sus ideas, su vida, a lo que la serie muestra (...). Y me aterra que semejantes personajes, irreales, embusteros en su pretendida naturalidad, tan planos como el público que los reclama e imita, se consagren como referencias y ejemplos».

Los griegos calificaban de *obsceno* lo que no debía ser representado sobre el escenario del teatro, por considerarlo degradante para el espectador. Pero nosotros somos posmodernos y no necesitamos moralina de **Pericles** ni de Pérez-Reverte. Por eso producimos las series estúpidas de televisión. Y las vemos con gusto, pues estamos encantados –escribe **Jiménez Lozano**– de descender del mono y de los surrealismos y totalitarismos del siglo XX, que nos han acostumbrado a admitir que la noche es el día y a tomar la basura por la más grande de las creaciones humanas.

Ahora, si algún lector piensa que estoy exagerando, debo reconocer que quizá tenga razón: por suerte, hay mucha gente como Leticia.

118. La falta de templanza consiste en buscar el placer donde no se debe, o como no se debe. Es evidente que el exceso en los placeres conduce al desenfreno y es censurable.

119. Llamamos incontinente a quien obra de acuerdo con sus apetitos y contrariamente a la razón. Pero en su conducta no desaparece el dolor, pues aunque se alegra de obtener lo que desea, siente el malestar de saber que obra mal.

Es lo que vemos en casi todas las películas de **Woody Allen**. El célebre guionista, productor y actor no se equivoca al intuir que la clave de la felicidad

es el amor, pero su cabeza freudiana entiende por amor hacer el amor y poco más. Así, los personajes de casi todas sus películas se casan, se lían, se divorcian, se deprimen..., se casan de nuevo, se lían de nuevo, se divorcian de nuevo, se deprimen de nuevo... Son vidas donde cualquier idea sobre el deber o la responsabilidad es sofocada por una maleza de deseos y sentimientos que crecen sin control. De forma irrefutable y sin pretenderlo, Woody Allen nos demuestra que el placer es solo un ingrediente de la felicidad. Un ingrediente que ni siquiera es necesario, porque cuando pretendemos alcanzar la plenitud por el atajo del placer, esa plenitud se nos escapa.

120. No existen personas que no estimen los placeres, porque tal insensibilidad no es humana. Si para alguien no hubiera nada placentero, o fuera completamente lo mismo una cosa que otra, estaría lejos de ser un hombre. Y no hay nombre para tal defecto porque no se da casi nunca.

121. El hombre moderado es el término medio entre ambos extremos, pues no se complace en la depravación sino que le disgusta. La moderación no busca lo que no debe, y no hace nada en exceso.

122. Cuando faltan los placeres, el hombre templado tampoco se aflige demasiado. Desea moderadamente y como es debido lo agradable y lo saludable, y siempre se deja guiar por la recta razón.

123. La moderación no se refiere al placer de la vista –salvo en el apetito sexual–, ni tampoco a la música o a los olores. Moderación e intemperancia se refieren solo a los dos tipos de placeres que también experimentan los animales. Con ellos tienen que ver la embriaguez, la gula y la lascivia.

124. Es mucho más fácil acostumbrarse a los placeres que a los dolores, pero el desenfreno parece más voluntario que la cobardía, porque el dolor se rehúye mientras que el placer se elige.

125. El dolor, además, altera y puede destruir la naturaleza del que lo padece, hasta impedir que sea dueño de sí. El placer, en cambio, no hace nada de esto. Es, por tanto, más voluntario, y por eso es también más censurable.

126. La palabra templanza es muy apropiada, pues hay que templar o frenar todo lo que aspire a cosas turbias y pueda desarrollarse mucho. Esa tendencia es propia de los

apetitos, y también de los niños, porque los niños viven según sus apetitos, y en ellos se da por encima de todo el deseo de lo agradable. Un deseo que si no se encauza y somete a la autoridad, llegará demasiado lejos, pues el deseo de lo placentero es insaciable, y alimentarlo significa reforzar la tendencia congénita hasta arrinconar el raciocinio.

127. Por eso, los apetitos deben ser moderados, pocos, y siempre obedientes a la razón. Eso es lo que significa estar encauzados y refrenados. Y lo mismo que el niño debe vivir de acuerdo con la dirección del preceptor, así los apetitos de acuerdo con la razón.

Entre los apetitos humanos y la razón no hay igualdad sino jerarquía: es la razón quien debe llevar la batuta. Por tanto, esta comparación siempre será válida.

128. Es completamente distinto vivir de acuerdo con la razón o con las pasiones.

Sócrates nos dice que «un hombre desenfrenado no puede inspirar afecto ni a otro hombre ni a un dios, es insociable y cierra la puerta a la amistad».

«Por una hora de paraíso llevo tres años de calvario», lamentaba un joven drogadicto.

8. Valentía y generosidad

129. Pasamos ahora a estudiar la valentía, que es un término medio entre la cobardía y la temeridad.

130. El cobarde, el valiente y el temerario se enfrentan a las mismas cosas, pero se comportan de distinto modo ante ellas. Los temerarios se lanzan de cabeza al peligro y retroceden cuando lo tienen encima. En cambio, los valientes mantienen la calma antes del peligro y resisten cuando llega.

Cito unas líneas de **Hernán Cortés**. Pertenecen a su descripción de la trágica Noche Triste, en la ciudad de México: «E los enemigos cargaron tanto que, matando en los españoles, se echaban al agua tras ellos. Y ya por la calle del agua venían canoas de los enemigos y tomaban vivos los españoles. E como el negocio fue tan de súbito y vi que mataban la gente, determiné de me quedar allí y morir peleando».

131. Llamamos valiente al que soporta cosas penosas, y con razón le alabamos, pues es más difícil aguantar el dolor que apartarse del placer.

El lenguaje coloquial se refiere a cosas que «merecen la pena». Bajo esa expresión incluimos todo lo que debe ser poseído, defendido y conservado: la vida, la salud, la buena fama, la amistad, el bienestar, la alegría... El valiente está dispuesto a conquistar esas cosas cuando no las posee, y a defenderlas cuando puede perderlas.

132. Es valiente el que soporta y teme lo que debe, cuando debe y como debe, y el que confía del mismo modo. Es decir, el valiente actúa y sufre por lo que merece la pena, guiado siempre por la razón.

Durante la Segunda Guerra Mundial, una mujer polaca consiguió permiso para trabajar en el **Ghetto de Varsovia** como enfermera, y también como especialista de alcantarillado y tuberías. Los nazis tenían miedo a una epidemia de tifus y toleraban que los polacos controlaran el recinto.

Pero aquella mujer *sacaba bebés* escondidos en su maletín de enfermera y en el fondo de su caja de herramientas. También llevaba un saco de arpillera en la parte de atrás de su camioneta, para niños mayores. Iba acompañada por un perro entrenado para ladrar a los soldados nazis cuando entraba y salía del Gueto. Los ladridos ocultaban el llanto de los bebés. Así *salvó a 2.500* en año y medio.

La Gestapo la descubrió, la torturó y le rompieron ambas piernas y los brazos, pero no reveló nada. Se llamaba **Irena Sendler**. Murió en 2008, después de haber vivido casi un siglo. Su historia se puede leer en Wikipedia. Fue propuesta para el Premio Nobel de la Paz en 2007.

133. Es cobarde el que se excede en el temor y teme lo que no debe y como no debe. El cobarde lo teme todo y es descorazonado. El valiente, en cambio, es osado.

Sócrates, condenado a muerte y encarcelado, rechaza la posibilidad de escapar que le ofrece **Critón**, con estas palabras: «Los principios que profesé toda mi vida no debo abandonarlos hoy porque mi situación haya cambiado; los sigo mirando con los mismos ojos y siento por ellos el mismo respeto y veneración que antes; y, si no los hay mejores, ten por seguro que no cederé a lo que me propones aunque todos intenten asustarme como a un niño, con amenazas más horribles que la confiscación, las cadenas o la muerte». **Critón** le responde: «Muchas veces te he admirado por tu carácter, pero mucho más te admiro ahora en medio de tu desgracia, viendo con qué ánimo y facilidad la soportas».

134. No todo el que tiene miedo es cobarde, pues en ciertos casos lo noble es el temor, y lo vergonzoso es no sentirlo. Por ejemplo, el hombre honrado teme la mala fama, y no la teme el desvergonzado. Tampoco es uno cobarde por temer las desgracias para sus hijos, ni es valiente el que está tranquilo cuando van a azotarlo.

El valiente siente miedo, pero no permite que el miedo le arrastre o le paralice. En realidad, el temor es una consecuencia del amor, ya que nada se teme cuando nada se ama.

135. Sería un loco el que no temiera nada, ni al terremoto ni a las olas, como dicen los celtas. Si lo que tiene es exceso de confianza ante el peligro, entonces es temerario.

En el valiente no hay ímpetu ciego, sino reflexión ponderada sobre lo que se puede ganar o perder. «Señor –respondió **Sancho**–, que el retirar no es huir, ni el esperar es cordura, cuando el peligro sobrepuja a la esperanza».

136. El miedo se define como la espera de un mal. Por eso tememos todo lo que es malo, como el descrédito, la pobreza, la enfermedad, la falta de amigos, la muerte.

137. La generosidad es el término medio entre la prodigalidad y la avaricia, exceso y defecto respectivamente.

138. Son avaros los que se afanan por las riquezas más de lo debido: pecan por defecto en dar y se exceden en tomar.

139. Son pródigos los que gastan sin freno y, al final, malgastan su hacienda. Así, el pródigo puede arruinarse a sí mismo. El pródigo también se excede en no tomar.

140. Lo propio del generoso no es tomar sino dar, pues es más propio de la virtud hacer el bien que ser objeto de él. Por eso la gratitud se tributa al que da, no al que toma.

«Un día –cuenta **Teresa de Calcuta**– llegó a nuestro hogar un hombre australiano y nos hizo un donativo cuantioso. Pero al entregarlo, dijo: –Esto es algo externo, y lo que yo deseo es dar algo de mí mismo. Ahora viene regularmente a la casa de los moribundos a afeitar a los enfermos y a conversar con ellos. Este hombre no solo da su dinero sino también su tiempo. Podría emplearlo en sí mismo, pero desea entregarse él».

141. Es más fácil no tomar que dar, porque a los hombres les cuesta más desprenderse de lo suyo que no recibir lo ajeno. De hecho, el nombre de generoso se reserva para los que dan, porque los que no toman no son llamados generosos sino justos.

142. Los generosos son quizá los hombres más amados entre los que lo son por su virtud, porque la virtud de dar también les hace útiles.

«El otro día vinieron a verme dos recién casados, amigos míos. Me trajeron un montón de dinero para alimentar a los pobres. ¿De dónde habéis sacado tanto dinero?, les pregunté. Nos casamos hace dos días –me respondieron–, pero ya antes habíamos decidido no dar un gran banquete. ¿Por qué lo hacéis?, les

pregunté de nuevo. Nos queremos mucho –me respondieron– y deseamos compartir nuestro amor con otras personas, sobre todo con las que acogéis las hermanas».

143. El que da a quien no debe o lo hace por interés, no es generoso. Tampoco el que da con dolor, pues prefiere su dinero a la acción hermosa. El generoso no da a cualquiera, sino a quien debe y cuando debe. También es propio del generoso excederse en dar, hasta dejar poco para sí mismo, pues el generoso se olvida de sí.

144. La generosidad no consiste en la cantidad de lo que se da, sino en la disposición del que da. Nada impide, por tanto, que sea más generoso el que da menos, si su fortuna es menor.

145. La mayoría de los pródigos derrochan pronto sus recursos y se ven forzados a recuperarlos donde no deben. También dan a quien no lo merece, y no dan a quien lo merece. Dan, por ejemplo, a quienes les adulan o les consiguen placeres. Por esta razón suelen ser depravados, pues derrochan para sus vicios. Y esta falta de rectitud es la que corrompe lo que podían tener de generosos.

146. El pródigo puede ser encauzado hacia la generosidad, en cambio la avaricia parece incurable, y crece con la vejez. También es más connatural a la condición humana, pues los hombres suelen ser más amantes del dinero que dadivosos.

147. Hay muchas clases de avaricia. Llamamos tacaño, cicatero o mezquino a todo el que se queda corto en dar. También son avaros los que intentan sacar provecho de todas partes y no les importa dedicarse a negocios sucios como la prostitución o la usura. También lo son el jugador, el ladrón y el bandido. Unos y otros soportan la mala fama por afán de lucro.

148. Otra virtud relativa a las riquezas es la magnificencia. A diferencia de la generosidad, no se extiende a todas las acciones que tratan de dinero, sino únicamente a las grandes sumas. Por eso, el espléndido es generoso, pero el generoso no por ello es espléndido. Tampoco un pobre puede ser espléndido, y si lo intenta es un insensato, pues carece de recursos.

149. Los gastos del espléndido son elevados y oportunos, siempre por motivos dignos, con gusto y desprendimiento. Motivos dignos son todos los relacionados con el culto a los dioses, y también la solidaridad. El espléndido no gasta para sí mismo sino

para los demás.

150. El defecto de esta virtud se llama mezquindad, y el exceso, ostentación. La ostentación consiste en gastar mucho por motivos ridículos, con un brillo fuera de tono: por ejemplo, invitando a los amigos como si se tratara de una boda. El ostentoso no se excede por nobleza sino para exhibir su riqueza y pensar que por ella consigue la admiración general.

151. El mezquino es el que debe gastar mucho pero se queda corto en todo, y se lamenta y estudia la manera de gastar lo menos posible. Ostentación y mezquindad son vicios que no acarrearán deshonra porque no perjudican a los demás ni son vergonzosos.

9. La amistad

152. La amistad es una virtud, va acompañada de virtud y es lo más necesario en la vida.

«La vida no tiene don mejor que ofrecer. ¿Quién puede decir que lo ha merecido?» (C. S. Lewis).

153. Además de necesaria, la amistad es también algo hermoso.

Este lirismo no encaja mucho en la imagen severa que tenemos del inventor del silogismo. Pero lo cierto es que la *Ética a Nicómaco*, que empieza y termina hablando de la felicidad, también dedica dos de sus diez capítulos a la amistad: el VIII y el IX. Con frecuencia, sus lectores se sienten sorprendidos y cautivados por la atención y la elegancia con que el autor trata esa relación esencial. Después de Aristóteles, parece que todo lo que se ha dicho sobre la amistad llega tarde, pues ya ha sido analizado y descrito en esas páginas centrales de la cultura griega. Con razón dice **Emilio Lledó** que tal vez sea esa gran descripción la parte más sorprendente de la ya sorprendente obra aristotélica.

154. Sin amigos nadie querría vivir, aunque tuviera todo tipo de bienes.

Para **Séneca**, el primer beneficio de la amistad es el propio placer que proporciona, pues sin compañía no es grata la posesión de bien alguno. Y ese placer lo causa no solo el cultivo de una vieja amistad sino también el inicio de una nueva: incluso puede ser más grato granjearse una amistad que retenerla, al igual que es más grato al artista estar pintando que haber pintado.

155. En la pobreza y en las demás desgracias se considera a los amigos como el único refugio.

Cuando **Noemí** queda viuda y no desea ser una carga para **Rut**, escucha estas palabras de su nuera: –Donde tú vayas iré yo; tu pueblo será mi pueblo y tu Dios será mi Dios. Moriré donde tú mueras, y allí mismo recibiré sepultura.

Que el Señor me castigue si no es la muerte lo que me separa de ti.

156. La amistad parece darse de modo natural entre padres e hijos, y en general entre las personas. Los legisladores aspiran sobre todo a la concordia, una especie de amistad que mantiene unida la ciudad, y lo que más procuran expulsar es la discordia.

El primer fin de la *polis* parecía la supremacía sobre las *polis* vecinas, ligada a la capacidad bélica. Pero la inseguridad política se encargó de mostrar otro fin más elemental y urgente, que además era condición del anterior: el mantenimiento de la paz interna, la erradicación de la discordia o disensión civil.

157. Cuando los hombres son amigos, ninguna necesidad hay de justicia; en cambio, si son justos, también necesitan de la amistad.

El ciudadano vive rectamente cuando su vida es útil para la conservación y prosperidad de su ciudad, que solo se alcanza en convivencia amistosa. Cuando Aristóteles advierte que lo propio de la amistad es crear fuertes lazos afectivos entre los individuos, la *philia* se convierte en concepto central de su ética y de su filosofía política: «La vida política debe, por encima de todo, promover la amistad, pues si uno desea que los hombres no se traten injustamente basta con hacerlos amigos».

Esta concepción descende en línea directa de **Platón**, que también consideraba la amistad como una contribución esencial a la solución de los problemas políticos. «En la *República* y en la *Carta VII*, Platón razona su retraimiento de toda actividad política por la carencia total de amigos y camaradas seguros que pudieran ayudarle en la empresa de renovar la polis. Cuando la comunidad sufre una enfermedad orgánica que afecta a su conjunto o es destruida, la obra de su reconstrucción solo puede partir de un grupo reducido, pero fundamentalmente sano, de hombres identificados en ideas, que sirva de célula germinal para un nuevo organismo; tal es siempre el significado de la amistad para Platón: es la forma fundamental de toda comunidad humana que no sea puramente natural sino también espiritual y ética» (**Jaeger**, *Paideia*).

Esto tiene poco que ver con **Epicuro**, que considera antinatural la actividad política, llena de inquietudes, enemiga de la tranquilidad en la que cifra la vida feliz: «Liberémonos de una vez por todas de la cárcel de las ocupaciones

cotidianas y de la política». Han sido amputados los beneficios políticos de la amistad; en adelante, epicúreos y estoicos solo considerarán la excelencia de sus beneficios individuales. Y no es poco: Epicuro dirá que la amistad es lo mejor para la vida feliz, y que el hombre noble se dedica sobre todo a la sabiduría y a la amistad, y debe estar dispuesto a dar la vida por el amigo.

158. Puede ser objeto de predilección lo que es bueno, agradable o útil. Por eso hay diversas clases de amistad. Pero nunca será amistad el gusto por los objetos, porque no hay reciprocidad ni se desea el bien del objeto. Se desea el vino, pero no el bien del vino; en cambio, debemos desear el bien del amigo. Hay amistad precisamente cuando esa benevolencia es recíproca.

159. La amistad por interés no busca el bien del amigo, sino el propio beneficio. Tampoco los frívolos son desinteresados, pues buscan su propio agrado. Estas amistades no son auténticas, y son fáciles de disolver cuando el amigo deja de ser útil o agradable.

160. Los amigos interesados no suelen convivir mucho, pues solo se estiman el uno al otro en la medida en que tienen esperanzas de beneficio.

«Quien comienza a ser amigo por interés, por interés dejará de serlo, y despoja a la amistad de su grandeza», escribe **Séneca** a Lucilio.

161. La amistad entre los jóvenes suele tener por causa el sentimiento de agrado y las ganas de pasarlo bien. Eso es lo propio de la juventud, y por eso los jóvenes son amigos y dejan de serlo con facilidad, pues el sentimiento cambia fácilmente.

162. La amistad perfecta es la de los hombres buenos e iguales en virtud, porque quieren el uno para el otro lo auténticamente bueno. Como la virtud es estable, estas amistades también lo son, además de útiles y agradables. Es natural, sin embargo, que tales amistades sean raras, porque los hombres no suelen ser así. Además, requieren tiempo y trato, pues no es posible conocerse en poco tiempo, ni tampoco aceptarse mutuamente como amigos hasta que cada uno se ha mostrado al otro como digno de afecto y confianza.

El día que Sally y Charity se conocen, descubren que sus maridos son profesores de Literatura inglesa en la misma Facultad. Después viene otra sorpresa que las llena de gozosa complicidad: ambas esperan su primer hijo dentro de siete meses. Por la tarde, cuando Larry llega a casa –un humilde y

oscuro semisótano—, encuentra a Sally tomando el té con una desconocida, charlando como si fueran amigas de la infancia. ¿Quién es esa chica alta y joven, con vestido azul y una sonrisa que parece llamear en la penumbra del apartamento? Lleva el pelo recogido hacia atrás, como para despejar y enmarcar un semblante donde todo sonrío: labios, dientes, ojos, mejillas...

Tras una sencilla presentación, Larry empieza a comprobar que la conversación de esa chica es tan animada como su rostro: cada cuatro palabras, una va subrayada con ese énfasis entusiasta tan típicamente femenino. Se llama Charity, y les va contando su vida y su matrimonio entre las tostadas de canela y el té, mientras tira de la lengua a los anfitriones para que hagan lo mismo. Pasan las horas y nadie quiere romper el encanto. Al final, Sally y Larry acompañan a Charity hasta un polvoriento Chevrolet y se quedan agitando las manos mientras el coche se aleja entre los árboles. «Nuestra última impresión de ella al verle torcer la esquina fue aquella sonrisa que se volvió a lanzarnos como si fuera un puñado de flores».

A menudo, la magia de los primeros pasos de una amistad resulta inolvidable, como sucede a las dos parejas que protagonizan *En lugar seguro*. La estupenda novela de **Wallace** Stegner narra esa estrecha relación, la vida de cuatro personas que ponen la amistad leal por encima de los desacuerdos y fragilidades que también surgen a lo largo de varias décadas.

163. Los que se apresuran a intercambiar pruebas de amistad quieren, sin duda, ser amigos, pero no lo son aún, porque el deseo de amistad surge rápidamente, pero no la amistad.

164. Solamente la amistad entre hombres buenos está fuera del alcance de la calumnia, porque no es fácil creer lo que nadie diga sobre un amigo a quien uno mismo ha puesto a prueba durante mucho tiempo. Además, en los buenos se da la confianza mutua y la imposibilidad de agraviarse, y todas las demás cosas que se consideran requisitos de la verdadera amistad. En cambio, en las otras amistades nada impide que surjan estos males.

165. La buena persona, al hacerse amiga de alguien, se convierte en un bien para su amigo.

Recordando sus años universitarios, **C. S. Lewis** comenta que, en un grupo

de amigos íntimos, esa apreciación es a veces tan grande que cada uno se siente poca cosa ante los demás. Y se pregunta qué pinta él allí, entre los mejores.

El sofista Antifón intentó desacreditar a **Sócrates**, manifestando que su compañía no podía ser recomendable, especialmente a causa de su pobreza. **Jenofonte** nos cuenta la respuesta de Sócrates: -Antifón, así como hay gente que disfruta con un buen caballo, un perro o un pájaro, yo prefiero los buenos amigos. Y si encuentro algo bueno se lo enseño a ellos. Y los presento unos a otros para que mutuamente salgan beneficiados en la virtud. Con mis amigos saboreo los tesoros que los hombres sabios del pasado dejaron por escrito. Y cuando encontramos algo interesante lo recogemos, y lo consideramos de gran provecho si puede ayudar a otros.

166. La distancia no impide la amistad, sino su ejercicio. Pero si la ausencia se prolonga, también la amistad parece caer en olvido, y por eso se dice que la falta de trato deshace muchas amistades.

167. Es claro que ni los viejos ni las personas de carácter agrio se prestan a la amistad, porque es poco el agrado que puede encontrarse en ellos, y nadie puede pasar mucho tiempo con una persona molesta o desagradable, pues la naturaleza aspira a lo agradable.

168. Por eso los jóvenes se hacen pronto amigos, y los viejos no, y tampoco los de mal carácter. Pueden tener buenos sentimientos y ayudarse mutuamente, pero no serán del todo amigos, porque no les resulta agradable la mutua compañía y no conviven mucho.

Eso le sucede a la protagonista de la película *Deliciosa Martha*, al mando de la cocina del mejor restaurante de Hamburgo. La vemos meticulosa y perfeccionista, celosa del secreto de sus recetas exquisitas, halagada por una clientela que se deshace en elogios. Pero Martha está sola y vive sola. No tiene amigos ni familia. Y todo lo que sabe de cocina lo desconoce del corazón humano: por eso es inflexible y cortante, desconfiada y suspicaz. En su dolorosa inmadurez, en su torpeza en el manejo de los sentimientos propios y ajenos, en su papel de mujer independiente, que ha cambiado su corazón por un manual de cocina, tan fuerte y tan frágil a la vez, Martha nos resulta conmovedora. Al final, lo que necesita es darse de bruces con alguien tan bueno en la cocina como ella, pero alegre y humano, sencillo y locuaz, que sepa cantar y contar un

chiste, hablar de fútbol y de música, escuchar y comprender. Martha necesita la amistad y el amor de Mario, y eso es lo que también nos regala **Sandra Nettelbeck** al escribir y dirigir esta deliciosa película.

169. No es posible ser amigo de muchos con amistad perfecta, pues la intimidad requiere tiempo y es difícil. En cambio, por interés o por pasarlo bien es posible tener bastantes amigos, pues ambas condiciones las reúnen muchos y no requieren mucho tiempo.

170. Los poderosos suelen buscar amigos útiles y frívolos: útiles para hacer con habilidad lo que se les manda; frívolos para el placer. El hombre bueno no suele hacerse amigo del poderoso, a menos que el poderoso le aventaje también en virtud, y esto no es nada frecuente.

171. Las amistades mencionadas se apoyan en la igualdad: los amigos obtienen lo mismo el uno del otro, y quieren lo mismo el uno para el otro. Pero también hay amistades fundadas en la desigualdad, como la del padre hacia el hijo, la del mayor hacia el más joven, y la del gobernante hacia el gobernado. En estos casos no obtienen lo mismo el uno del otro, ni deben pretenderlo, pues en las amistades fundadas en la superioridad el afecto debe ser también proporcional. La proporción consiste en que el mejor recibe más afecto que profesa, porque cuando el afecto es proporcionado al mérito se establece en cierto modo una igualdad, característica necesaria de la amistad.

La desigualdad entre don **Quijote** y **Sancho** se convierte en amistad porque es salvada por los puentes de un diálogo constante. La mejor novela del mundo es tal vez el más largo y sabroso diálogo del mundo: las razones y sinrazones que intercambian un pobre loco y un escudero que le estima y le sirve. Por encima de la lectura evidente de la realidad –que le lleva a reconocer los molinos o las ovejas como tales–, Sancho Panza es la viva encarnación de la gran verdad que nos hace personas: la relación cordial con nuestro semejantes. La introducción del diálogo confiere vivacidad a la historia y suple con decisiva ventaja cualquier otro procedimiento descriptivo. Pero, sobre todo, enriquece mutuamente a los protagonistas y otorga personalidad a sus personas.

172. La importancia de la igualdad se pone de manifiesto cuando se produce entre los amigos una gran diferencia en virtud, vicio, prosperidad o cualquier otra cosa: entonces dejan de ser amigos, y ni siquiera aspiran a serlo. Por eso es tan difícil que un hombre normal sea amigo de un rey o de un sabio.

Si los vicios de una persona manchan a sus amigos, **Cicerón** recomienda aflojar esa amistad poco a poco: no rasgarla sino descoserla, a menos que se haya cometido algo intolerable que exija romper sin contemplaciones. En cualquier caso, una amistad rota no debe dar paso a la enemistad, pues es indigno hacer la guerra contra un antiguo amigo.

173. Preferimos ser queridos, pero la amistad consiste más en querer. Como las madres, que se complacen en querer sin pretender que su cariño sea correspondido. Por eso, los amigos que saben querer son seguros.

Ponía **Albert Camus**, como ejemplo de amistad verdadera, la de un hombre cuyo amigo había sido encarcelado, y todas las noches se acostaba en el suelo de su habitación para no gozar de una comodidad arrebatada a aquel a quien amaba. Y añadía el novelista que la gran cuestión para los hombres que sufrimos es la misma: ¿Quién se acostará en el suelo por nosotros?

Sancho se acuesta en el suelo por Don Quijote. **Cervantes**, que poseía un profundo conocimiento de la naturaleza humana, emplea la pedagogía y la terapia de la palabra con don Quijote. Pone a su lado un escudero lleno de afecto y sentido común, que sabe escuchar a su señor y tomarle en serio, mientras le va corrigiendo con sencillez y picardía. Psicólogo, psiquiatra y maestro analfabeto y por accidente, Sancho Panza desempeña su múltiple papel con tanto acierto que logra la curación de su señor. Y esa es, tal vez, la gran verdad que nos descubre la novela.

174. Los buenos amigos no hacen peticiones torpes ni se prestan servicios de esa clase. Más bien impiden la torpeza, pues es propio de los buenos no apartarse del bien, y no permitir que se aparten sus amigos.

175. Por eso es peligrosa la amistad entre hombres de mala condición, pues se asocian para cosas bajas, y se vuelven malvados al hacerse semejantes unos a otros. En cambio, es buena la amistad entre los buenos, y los hace mejores conforme aumenta el trato, pues mutuamente se toman como modelo y se corrigen.

176. Dice **Eurípides** que cuando Dios da bienes no hay necesidad de amigos. Pero es absurdo atribuir al hombre feliz todos los bienes y no darle amigos, que parecen constituir el mayor de los bienes exteriores. Además, nadie querría poseer todas las cosas

y estar solo, pues el hombre es animal social, y por naturaleza necesita convivir.

Aunque la tipología de los afectos es muy amplia, hay uno que experimentamos como el más radical y esencial de todos: el amor. Y la amistad es una de las grandes formas de amar, estudiada de forma magistral por **C. S. Lewis** en el ensayo *Los cuatro amores*. ¿Y qué es lo que está presente bajo todas las formas de amor? **J. Pieper** responde: en todos los casos imaginables, amar quiere decir aprobar. Y aprobar significa dar por bueno, ser capaz de decir: «es bueno que existas, que estés en el mundo» y, por tanto, «yo quiero que existas». El que ama toma partido por la existencia del amado. **Ortega y Gasset** lo expresa así: «Amar una cosa es estar empeñado en que exista; no admitir, en lo que dependa de uno, la posibilidad de un universo donde aquel objeto esté ausente». Por eso el amor protesta contra la muerte y la niega. En un párrafo de las *Confesiones*, **san Agustín** lo expresa de forma insuperable:

«Me hice íntimo amigo de un antiguo compañero de estudios. Los dos éramos jóvenes. Pero he aquí que le dio una fuerte calentura y murió. Durante un año, su amistad había sido para mí lo más agradable de la vida, así que la vida se me hizo inaguantable: la ciudad, mi casa y todo lo que me traía su recuerdo era para mí un continuo tormento. Le buscaba por todas partes y ya no estaba. Solo llorar me consolaba. Era yo entonces un miserable prisionero del amor, y me sentía despedazar por ese amor perdido. Así vivía yo, y lloraba de amargura y descansaba en la amargura (...). Me maravillaba que, muerto aquel a quien tanto había querido, siguiera yo viviendo. Bien dijo el poeta **Horacio** que su amigo era la mitad de su alma, porque yo sentí también que su alma y la mía no eran más que una en dos cuerpos».

177. ¿Debemos buscar el mayor número posible de amigos, o un término medio entre demasiados y ninguno? Desde el punto de vista de la utilidad, lo mejor es un término medio, porque corresponder a los servicios de muchos es trabajoso y quizá imposible. También para pasarlo bien son suficientes unos pocos, como un poco de condimento en la comida. Si tenemos más amigos de los que necesitamos, resultarán molestos y embarazosos.

178. Por tanto, el número de amigos debe ser limitado y relativo: el mayor número con el que podamos convivir, ya que la convivencia parece condición necesaria de la amistad.

179. Está claro que no es posible dedicar tiempo a muchos. Tampoco es fácil identificarse con las alegrías y las penas de muchos, pues a veces hay que alegrarse con unos y entristecerse al mismo tiempo con otros.

180. Como no somos capaces de amar a muchas personas, no parece posible ser muy amigo de muchos. De hecho, una gran amistad solo es posible con pocos. Y los que tienen muchos amigos y los tratan familiarmente dan la impresión de no ser amigos de nadie, y de obrar así por buena educación.

181. Por cortesía y buen carácter se puede llegar a tener muchos amigos, pero no muchos íntimos. Tener amigos íntimos es, además, una suerte que no todos tienen.

182. ¿Necesitamos más a los amigos en la prosperidad o en la desgracia? En ambas situaciones los buscamos: para pedir ayuda o para compartir la alegría. Pero es más necesaria la amistad en el infortunio, y más noble en la prosperidad. Y la presencia de los amigos es grata tanto en los buenos momentos como en los malos. El amigo consuela con la presencia, y también con la palabra oportuna.

Etty Hillesum es holandesa. En 1942 tiene 27 años y trabaja dos semanas, como enfermera, en el campo de concentración de Westerbork, por donde pasaron más de 100.000 judíos holandeses, antes de ser reenviados a los campos de exterminio de Polonia y Alemania. Cuando regresa a Amsterdam, Etty se lleva la entrañable amistad con un prisionero judío, a quien escribirá repetidas veces. Transcribo dos cartas:

«Mi querido amigo Kormann: Un breve saludo desde esta gran ciudad. Camino por sus muchas calles y Westerbork me acompaña. Es curioso cómo, en tan poco tiempo, te compenetras con un lugar y sus gentes, de las que te cuesta tanto separarte. Me siento inexorablemente unida a ese campamento donde se fabrica el destino de tantas personas. No puedo explicarme por qué, tal vez con el tiempo lo aclare, pero en todo caso estoy decidida a volver allá».

«¡Kormann! ¿Osias? ¿Podrá alcanzarte mi voz en medio de todo lo que os sucede en los últimos tiempos? Intento continuamente hacerme una idea de todo aquello. ¿Cómo vives ahora? Seguro que trabajas día y noche, y así te anegará la desesperación. ¿Pasas hambre? ¿Por qué soy tan tonta de estar enferma en vez de volver con vosotros? Cuando yo estaba allí, ¿era Westerbork un lugar idílico comparado con lo que es ahora? ¡Qué hermosos paseos dimos junto a la

alambrada de púas y qué buenos amigos éramos! En tan poco tiempo y tan buenos amigos... ¿Tienes tiempo de dedicarme un pensamiento amistoso? ¿Podrás sacar fuerza de este gran sentimiento mío de amistad hacia ti, que es constante?».».

183. Nadie desea entristecer a los amigos con las propias desgracias. Por eso los hombres fuertes procuran evitar que sus amigos tomen parte en sus penas, y no admiten compañeros de duelo. En cambio, las mujeres y los hombres que se parecen a ellos, se gozan en tener quienes se lamenten con ellos, y los quieren como amigos por ser partícipes de su dolor.

184. La presencia de los amigos en los momentos buenos supone disfrutar juntos y tener conciencia de que ellos se alegran con nuestra alegría. Por eso parece que deberíamos invitarlos en esas ocasiones, y evitar en lo posible que participen en nuestras desgracias, porque los males se han de compartir lo menos posible. En cambio, debemos acudir a ellos cuando, a costa de una pequeña molestia suya, pueden hacernos un gran favor.

185. Por nuestra parte, acudiremos en su ayuda de buena gana, antes de que nos llamen. Eso será grato para ambos y más noble. Participaremos con gusto en las alegrías, pues también en ellas se necesita a los amigos. Y seremos lentos en aceptar favores, porque no es noble estar ansioso de beneficios. Cuidaremos, sin embargo, no caer en el extremo de rechazarlos con displicencia y por sistema, como algunas veces ocurre.

186. Igual que los que se aman desean, por encima de todo, verse, lo que más buscan los amigos es la convivencia. Amistad es, en efecto, convivir, y desear para el amigo lo mismo que para sí. Igual que nos resulta agradable la sensación de vivir, nos resulta grata la vida de nuestros amigos, y por eso buscamos su compañía. Y aquello en lo que ponemos el atractivo de la vida es lo que deseamos compartir con ellos. Por eso, unos beben juntos, otros disfrutan con el mismo juego, o practican el mismo deporte, o salen de caza, o charlan sobre filosofía. Y todos ellos pasan el tiempo juntos en aquello que más les gusta de la vida. Porque para convivir hay que buscar lo que favorezca la convivencia.

Un grupo de personas corrientes coinciden a menudo en un estanco de Brooklyn. Son tipos que saben perder el tiempo charlando, como lo podrían «perder» haciendo deporte, leyendo o trabajando. Eso es *Smoke* (Wayne Wang y Paul Auster, 1994). La tesis de la película se le escapa a uno de los

protagonistas, en medio de una conversación: «Las cosas más preciosas son más ligeras que el aire». En *Smoke*, donde todos fuman y conversan, el humo se lleva las palabras que se dicen los amigos después de una larga calada. Y, como en ellas va el alma, el humo –a pesar de su liviana apariencia– pesa mucho más que cualquier otra cosa. Una película para disfrutar con el arte de contar historias, con la magia de los silencios, con la belleza de la amistad y un poderoso final.

Los amigos del estanco de Brooklyn comparten aficiones, puntos de vista. Sin algo en común no podría nacer la amistad, lo mismo que quien no va a ninguna parte no puede tener compañeros de ruta. **Cicerón**, sobre este punto, nos cuenta que, «de todos los bienes regalados por la Fortuna, ninguno comparable a la amistad de Escipión. En ella encontraba yo conformidad con mis opiniones políticas, consejo en los asuntos privados y descanso agradable. Una era nuestra casa, uno nuestro alimento, y tomado en común. Siempre anduvimos juntos: en la guerra, en los viajes y en los paseos por el campo. Y juntos dedicábamos el tiempo libre a conocer nuevas cosas, lejos del bullicio de la multitud».

10. La excelencia

187. El hombre íntegro hace muchas cosas en favor de sus amigos y de su patria, hasta dar la vida si es preciso. Estará dispuesto a renunciar a las riquezas, a los honores y a cualquier ambición, si fueran incompatibles con una conducta noble. Preferirá poco tiempo de felicidad antes que toda una vida gris, y una sola acción hermosa y grande antes que muchas insignificantes. Si da su vida, gana un gran honor. Si da su dinero, consigue que su amigo tenga dinero, y alcanza la propia gloria. Puede llegar a no actuar para que actúe y se luzca su amigo. A un hombre así, es lógico que se le considere bueno, pues elige y antepone siempre lo más noble.

Virtud, *areté*, significa excelencia, una forma de ser trenzada con las fibras de la integridad, la magnanimidad y la nobleza. La resume muy bien **Marisa Madieri**, cuando se pregunta, en *Verde agua*, si ha dado a sus hijos «las armas y los instrumentos necesarios para hacer elecciones conscientes, para ser aguerridos en las pruebas, fuertes en las desilusiones, generosos en el éxito, para amar y vivir en el significado».

Conviene señalar, sin embargo, la enorme distancia entre la magnanimidad aristotélica y la cristiana. Aristóteles rechaza «ajustar su vida a otro, excepto a los amigos, pues hacerlo sería de esclavos». Por contraste, **san Pablo**, siendo libre, desea ser «esclavo de todos». Y es que la *Ética a Nicómaco* entiende las virtudes en contextos políticos y sociales, en términos de lo correcto y benéfico en las relaciones entre los ciudadanos, mientras el cristianismo valora las virtudes en la medida en que nos llevan a Dios. La humildad, desconocida por Aristóteles, es un ejemplo paradigmático de virtud cristiana.

188. La magnanimidad, como su nombre indica, tiene por objeto cosas grandes. Se considera magnánimo al que tiene grandes pretensiones y es digno de ellas, pues si carece de condiciones es necio y vanidoso. En cambio, si se juzga inferior a lo que puede, es pusilánime.

Los primeros griegos incluyeron entre las conductas esforzadas la grandeza de alma o magnanimidad, que en los hombres de acción consiste en el ánimo para las grandes empresas, y que invita a cierta impasibilidad ante los reveses

de la fortuna.

¿Puede ser magnánimo un joven? Escuchemos a **Ana Frank** en su refugio: «Debo seguir estudiando para no ser ignorante, para progresar, para ser periodista, porque eso es lo que quiero ser (...). Aparte de un marido e hijos, necesito otra cosa a la que dedicarme. No quiero haber vivido para nada. Quiero ser de utilidad y alegría para los que vivan a mi alrededor, aunque no me conozcan».

«A los jóvenes nos resulta doblemente difícil conservar nuestras opiniones en unos tiempos en los que se destruye y se aplasta cualquier idealismo, en los que la gente deja traslucir sus peores cualidades, en los que se duda de la verdad, de la justicia y de Dios».

189. El pusilánime y el vanidoso se equivocan por defecto y por exceso, pero no se les considera malos sino equivocados, pues no hacen mal a nadie.

190. El que solo es capaz de cosas pequeñas y las pretende es modesto, pero no magnánimo: la magnanimidad implica grandeza.

Natalia Ginzburg propone, en *Las pequeñas virtudes*, «no enseñar a los hijos las pequeñas virtudes, sino las grandes. No el ahorro, sino la generosidad y la indiferencia hacia el dinero. No la prudencia, sino el coraje y el desprecio por el peligro. No la astucia, sino la franqueza y el amor por la verdad. No la diplomacia, sino el amor al prójimo y la abnegación. No el deseo del éxito, sino el deseo de ser y de saber».

191. La magnanimidad es el mejor modo de ser, y acompaña a todas las virtudes. El magnánimo solo se interesa de verdad por pocas cosas e importantes. Y se preocupa más de la opinión del hombre bueno que de la opinión de la multitud. No se inquieta por la vida y las riquezas. Le aflige ser gobernado por una persona indigna. Y su mayor alegría es alcanzar el honor.

Palabras de **Gandalf** en *El Señor de los anillos*: «Yo no gobierno en ningún reino, ni en el de Gondor ni en ningún otro, grande o pequeño. Pero me preocupan todas las cosas de valor que hoy peligran en el mundo. Así que, por mi parte, no fracasaré del todo –aunque Gondor perezca– si en esta noche aconteciera algo que aún puede crecer en belleza, y dar otra vez flores y frutos

en los tiempos por venir».

192. El magnánimo tiene que ser bueno, pues la maldad y la magnanimidad son contradictorias. Pone sus aspiraciones en el honor, que es la recompensa adecuada a los grandes méritos.

193. Parece que los dones de la fortuna facilitan la magnanimidad, pues el que más tiene es el que más puede. Pero las riquezas sin virtud no hacen a los hombres magnánimos sino altaneros e insolentes.

194. El magnánimo no ama el peligro, pero lo afronta y arriesga su vida cuando merece la pena, pues piensa que la vida no es digna de vivirse de cualquier manera.

Edith Stein, en el relato autobiográfico *Estrellas amarillas*, nos cuenta la determinación que tomó al estallar la Primera Guerra Mundial. Estudiaba en la Universidad y su vida era fácil y despreocupada. Hasta que cayó la bomba del asesinato del rey de Serbia y estalló la tormenta sobre Europa. «Ahora mi vida no me pertenece, me dije. Todas mis energías están al servicio del gran acontecimiento. Cuando termine la guerra, si es que vivo todavía, podré pensar de nuevo en mis asuntos personales». Entonces se preparó como enfermera y se alistó como voluntaria en la Cruz Roja, para trabajar en un hospital de contagiosos. «Por parte de mi madre encontré una fuerte resistencia. Como sus argumentos no surtían efecto, me dijo con toda su energía: –No irás con mi consentimiento. A lo cual yo repuse abiertamente: –En ese caso tendré que ir sin tu consentimiento. Mis hermanas asintieron a mi dura respuesta».

Gandhi sabe que el delito de sedición se paga con la pena de muerte, pero no duda en alentar la desobediencia de su país al colonizador británico. Al ser detenido y procesado, en su autodefensa pone al juez en esta difícil tesitura: «No tiene usted alternativa. O dimite porque considera que la ley inglesa es injusta y yo soy inocente, o me impone la pena más severa si piensa lo contrario».

195. El magnánimo hace favores y responde a ellos con otros mayores. No suele necesitar nada, pero está muy dispuesto a prestar servicios. Suele ser altivo con los que gozan de elevada posición, y mesurado con los humildes. Habla y actúa con franqueza. Sus simpatías y antipatías son manifiestas, porque ocultarlas es propio del miedoso y del que pone la opinión ajena por encima de la verdad. No es adulador, porque esa actitud es

servil. Tampoco es propenso a la admiración, porque nada es grande para él. Ni rencoroso, pues no guarda memoria de los agravios. Le tiene sin cuidado que le alaben o le critiquen, y tampoco él alaba o critica.

Así elogia **Erasmus** a su amigo **Tomás Moro**, cuando Moro ostentaba la suprema autoridad judicial de Inglaterra: «Siempre ha tenido muy presente el ayudar a todos y es extraordinariamente dado a la compasión, y ahora que dispone de poder, más que nunca. A unos les socorre con dinero, a otros les protege con su autoridad, y a otros les ayuda a abrirse camino con una palabra de recomendación. Cuando no puede auxiliarles de otra forma, les asiste con el consejo, de manera que nadie se despide de él sin que haya olvidado sus tristezas. Bien puede decirse de Moro que es patrono público de los necesitados, pues considera como enorme ganancia personal el ayudar a los que tienen agobios, el sacar de dudas o enredos, o reconciliar a los desavenidos. No hay persona más inclinada a prestar un favor, ni menos dispuesta a recordar que lo ha hecho. Y, a pesar de su elevada posición, no recuerdo hombre más ajeno a la jactancia, que es vicio que suele acompañar a los que triunfan».

196. Hemos hablado de cada una de las virtudes. El que consigue practicar todas, manifiesta una excelencia que llamaremos *nobleza*. La nobleza es la virtud perfecta, y consiste en vivir según el principio rector.

197. El hombre, en efecto, se compone de una parte que manda y de otra que obedece, y la segunda está en función de la primera, como la medicina está en función de la salud.

198. Nuestra facultad superior es la facultad contemplativa, y los bienes naturales – riquezas, amigos y demás– deben buscarse como camino hacia la contemplación de las verdades últimas.

Esa contemplación de las verdades últimas está en las antípodas de la actitud que **Adam Zagajewski** deplora en «los poetas contemporáneos – centenares y miles–, que se conforman con la tibieza espiritual, con sainetes irónicos nimios y artesanales, y con un nihilismo elegante y a veces casi simpático». «No nos faltan informes magníficos que nos recuerdan la miseria del hombre, pero pocos son los que al mismo tiempo quieren recordar lo que nos eleva hacia el cielo».

Entre esos pocos, sin duda, **Dostoievski**. Uno de sus personajes inolvidables, el anciano monje **Zósima**, al relatar que en su juventud recorrió Rusia con otro monje, pidiendo limosna para su monasterio, recuerda cómo ante sus ojos se manifestaba Dios en la naturaleza: «Una noche cenamos con unos pescadores a la orilla de un gran río navegable. Se sentó junto a nosotros un joven campesino de buen aspecto, que representaba unos dieciocho años de edad. Tenía prisa por llegar a su destino para remolcar una barca mercante. Su mirada era dulce y limpia. Era una noche clara, tranquila y calurosa, una noche de julio. Del río subía un vaho que nos refrescaba. De vez en cuando saltaba algún pez. Los pájaros se habían callado, solo se respiraba paz y todo invitaba a la oración. Aquel joven y yo éramos los únicos que no dormíamos, hablando de la belleza del mundo y su misterio. Cada hierba, cada escarabajo, una hormiga, una abeja dorada, todos interpretaban su papel de manera admirable, por instinto, y atestiguaban el misterio divino, pues lo cumplían continuamente».

199. Solo en la contemplación se da la felicidad perfecta, tanto en los dioses como en los hombres.

La contemplación aristotélica se da en quienes son capaces de captar lo sublime, esas «revelaciones –escribe **Maupassant**– de una belleza desconocida, inasequible, apenas perceptible en algunos paisajes, palabras, matices de mundo, segundos... No me veo capaz ni de darla a conocer, ni de expresarla, ni de describirla. Me la guardo para mí mismo. No tengo ninguna otra razón de existir, ningún otro motivo para seguir viviendo».

Contemplar es mirar en profundidad, ver más allá de las apariencias. «Una vez por semana me las encuentro en una calle en cuesta. Me las llevo a casa y las miro vivir. Aparentemente son flores. Aparentemente. Las cosas nunca son solo cosas. Estas por ejemplo, unos tulipanes, hacen que en la casa resuene una nota alegre, fraterna» (**Christian Bobin**, *Autorretrato con radiador*).

200. Por ser espectador de la verdad, al hombre le resultará perjudicial todo lo que le impida la contemplación de la divinidad.

El Dios de los filósofos griegos no es el Dios cristiano, que ejerce su paternidad y su providencia sobre todos los hombres. Por eso resulta tan sorprendente –además de verdadero– el final de la *Ética a Nicómaco*. El porcentaje de hombres y mujeres que han alcanzado la contemplación divina es

muy pequeño, pero en términos absolutos es muy grande, y su experiencia unánime corrobora, de forma apabullante, la conclusión de Aristóteles. Termino estos comentarios con otras palabras de **Dostoievski**, después de tres párrafos del diario de **Etty Hillesum**, prisionera en el campo de concentración de Westerbork.

«Conversar contigo, Dios mío. ¿Te parece bien? Más allá de la gente, solo deseo dirigirme a Ti. Si amo tanto a las personas es porque en cada una de ellas amo una parcela de Ti. E intento sacarte a la luz en los corazones de los otros».

«¿No es cierto que se puede rezar en todas partes, lo mismo en un barracón de madera que en un monasterio de piedra, y en cualquier lugar de la Tierra donde Dios quiera poner a sus criaturas en estos agitados tiempos?».

«Tú que me has enriquecido tanto, Dios mío, permíteme también dar a manos llenas. Mi vida se ha convertido en un diálogo ininterrumpido contigo, Dios mío, un largo diálogo. Cuando me encuentro en un rincón del campo, con los pies plantados en tu tierra y los ojos elevados hacia tu cielo, el rostro se me inunda a menudo de lágrimas, único desahogo de mi emoción interior y de mi gratitud. También por la noche, cuando acostada en mi litera me recojo en Ti, Dios mío, lágrimas de gratitud inundan a veces mi rostro, y eso es mi oración».

Dostoievski nos presenta a **Alioscha**, el más joven de *Los hermanos Karamazov*, como un joven de diecinueve años, alto y bien parecido, sencillo y sensato, con un realismo que le lleva a tomarse muy en serio las palabras de Jesucristo. «Tan pronto como Alioscha se convenció, tras serias reflexiones, de que Dios y la inmortalidad existían, se dijo sencillamente: “Quiero vivir para la inmortalidad, no admito compromisos”. Por supuesto, si hubiese admitido que no había Dios ni inmortalidad, se hubiese hecho ateo y socialista inmediatamente. A Alioscha le parecía raro e imposible vivir como hasta entonces. Jesucristo había dicho: *Si quieres ser perfecto da todo lo que tienes y sígueme*. Alioscha se dijo: No puedo dar en lugar de *todo* dos rublos, y en lugar de *sígueme* ir solamente a misa».

Glosario de términos griegos

Acción: *prâxis*
Actividad: *enérgeia*
Alma: *psyché*
Amistad: *philía*
Apetito: *epithymía*
Autosuficiente: *autárkés*
Avaricia: *aneleuthería*
Bello, noble: *kalón*
Benevolencia: *eúnoia*
Bueno, bien: *agathón*
Carácter: *éthos*
Ciencia: *epistemé*
Conocimiento: *gnósis*
Contemplación: *theoría*
Contemplativo: *theóretikós*
Continencia: *enkráteia*
Deseo: *órexis*
Dios: *theós*
Ético, moral: *éthikós*
Exceso: *hyperbolé*
Facultad, capacidad: *dynamis*
Felicidad: *eudaimonia*
Filosofía, sabiduría: *sophia*
Fin, finalidad: *télos*
Idea: *idéa*
Impulso, coraje: *thymós*
Incontinencia: *akrasía*
Incontinente: *akratés*
Ignorancia: *áгноia*
Injusticia: *adikía*
Intelectual: *dianoétikós*
Irracional: *alógistos*
Generosidad: *eleutheriôtés*

Generoso: *eleuthérios*
Hábito, modo de ser: *ethismós*
Justicia: *dikaiosné*
Justo: *díkaion*
Ley, costumbre: *nómos*
Libre elección: *proairésis*
Magnanimidad: *megalopsychia*
Mente, inteligencia: *noús*
Miedo: *phóbos*
Moderación: *sóphrosyné*
Moderado: *sóphrón*
Naturaleza: *physis*
Nobleza: *kalokagathia*
Normas, límite: *hóros*
Obra, producto: *érgon*
Pasiones: *pathémata*
Pensamiento, reflexión: *diánoia*
Placer: *hédoné*
Política, gobierno: *politeía*
Principio constitutivo: *arché*
Producción: *poiésis*
Prudencia: *phrónésis*
Pudor: *aidós*
Razonador: *logistikos*
Razón, razonamiento: *logos*
Sensación: *áisthesis*
Sustancia, entidad: *ousia*
Técnica: *téchné*
Término medio: *mesotés*
Valentía, virilidad: *andreía*
Verdad: *alétheia*
Vicio: *kakía*
Virtud: *areté*
Voluntad: *boúlésis*

Índice

¿Quién es Aristóteles?

1. La felicidad
2. La virtud y los hábitos
3. El término medio
4. La prudencia
5. La justicia y las leyes
6. Libertad y responsabilidad
7. El placer y la templanza
8. Valentía y generosidad
9. La amistad
10. La excelencia

Glosario de términos griegos

Índice

¿Quién es Aristóteles?	5
1. La felicidad	7
2. La virtud y los hábitos	13
3. El término medio	18
4. La prudencia	20
5. La justicia y las leyes	25
6. Libertad y responsabilidad	32
7. El placer y la templanza	39
8. Valentía y generosidad	49
9. La amistad	54
10. La excelencia	65
Glosario de términos griegos	71
Índice	73